

MEDIODÍA

revista hispánica de rescate

5

Asilados, el film cinematográfico de Carlos Morla Lynch en espera del celuloide

Inmaculada Lergo Martín

Las «Poetisas», de Mercedes Pinto: el rescate de una conferencia histórica

Alicia Llarena

«Porque vivir es mejor». Cuatro textos desconocidos de María Lejárraga

Isabel Lizarraga Vizcarra

Dos artículos cinematográficos olvidados de Andrés Carranque de Ríos en la revista *Fotogramas* (1927-1928)

María del Mar Mañas Martínez

José Gaos y Samuel Ramos en los comienzos del transtierro, mayo de 1939

Vicente de Jesús Fernández Mora

Sesenta años sin el seductor de la palabra

M.ª Ángeles Robles Morales

La madre de Celia: el fantasma de la mujer moderna en la ficción infantil de Elena Fortún

Purificació Mascarell

Los cuentos infantiles de Manuel Abril para «Los Lunes» de *El Imparcial*

Gerardo Fernández San Emeterio

Rosas de otoño: María Lejárraga en Buenos Aires

Isabel Lizarraga Vizcarra

***Women and Spanish Kiosk Literature (1907-1939): A Digital Archive*. Presentación y catálogo**

Thomas Antorino

Antonio Azpeitúa, crónicas españolas en la Primera Guerra Mundial

Gonzalo Cantarero de Salazar

Un hombre sándwich entre Julio y Camba

Aser Álvarez

Reseñas / recensiones / notas

NÚMERO 5 • NOVIEMBRE/DICIEMBRE 2022

MEDIODÍA

revista hispánica de rescate

NÚMERO 5 • NOVIEMBRE/DICIEMBRE 2022
revistamediadia@gmail.com

DIRECTOR: José Miguel GONZÁLEZ SORIANO
SECRETARIO: Emilio José OCAÑOS PALOMAR

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Miguel Ángel BUIL PUEYO (UCM)
Álvaro CEBALLOS VIRO (ULG)
Amelina CORREA RAMÓN (UGR)
Elisabeth DELRUE (UPJV)
Ángela ENA BORDONADA (UCM)
Rosa GARCÍA GUTIÉRREZ (UHU)
Alfonso GARCÍA MORALES (US)
Jesús GÓMEZ-DE-TEJADA (US)
Inmaculada LERGO MARTÍN (US)
Carmen DE MORA VALCÁRCCEL (US)
Marta PALENQUE (US)
Ivana ROTA (UNIBG)
Jeffrey ZAMOSTNY (UWG)

COMITÉ ASESOR HISPANOAMERICANO:

Mercedes ANDRADE (Colombia)
Carina BLIXEN (Uruguay)
Luisa CAMPUZANO (Cuba)
Beatriz COLOMBI (Argentina)
Jaime GALGANI (Chile)
Ricardo ROQUE BALDOVINOS (El Salvador)
Anthony STANTON (México)
Alberto VARILLAS (Perú)

© de los textos: sus autores

© Editorial Renacimiento, 2022

www.editorialrenacimiento.com

Buganvilla, 1. Pol. Navexpo

41907 Valencina de la Concepción (Sevilla)

+34 95 599 82 32 • editorial@editorialrenacimiento.com

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Equipo Renacimiento

ISSN: 2659-2738 • ISBN: 978-84-19617-92-7 • DEPÓSITO LEGAL: SE 1518-2017

Impreso en España • Printed in Spain

Esta revista es miembro de
 **arce**
ASOCIACIÓN
DE REVISTAS
CULTURALES
DE ESPAÑA



Esta revista ha recibido
una ayuda a la edición del
Ministerio de Cultura y Deporte.



3 Presentación Abelardo Linares

»AVIVO« [textos literarios]

7 Inmaculada Legro Martín
**Asilados, el film cinematográfico
de Carlos Morla Lynch en espera del celuloide**
13 Carlos Morla Lynch: «*Asilados (film)*»

35 Isabel Lizarraga Vizcarra
**«Porque vivir es mejor». Cuatro textos
desconocidos de María Lejárraga**
37 María de la O Lejárraga: «Buenos Aires, espejo, espejuelo, espejismo de
Europa» 41 «Rosas de otoño para el mes de abril» 44 «Así, pues, todo el año
es primavera» 49 «Mi alma está desterrada de su cielo»

55 Vicente de Jesús Fernández Mora
**José Gaos y Samuel Ramos
en los comienzos del transtierro, mayo de 1939**
60 José Gaos: «*El perfil del hombre y la cultura en México*»

66 Alicia Larena
**Las «Poetisas», de Mercedes Pinto:
el rescate de una conferencia histórica**
71 Mercedes Pinto: «*Las Poetisas*» (Ofelia Machado, Sarah Bollo, Luisa Luisi,
María Eugenia Vaz Ferreira)

110 María del Mar Mañas Martínez
**Dos artículos cinematográficos olvidados de Andrés Carranque
de Ríos en la revista *Fotogramas* (1927-1928)**
115 Andrés Carranque de Ríos: «Ronald Colman» 116 «Ricardo Baroja,
actor de cine»

120 M.ª Ángeles Robles Morales
Sesenta años sin el seductor de la palabra
122 Julio Camba. Artículos en *Muchas Gracias*: «La Bohemia Madrileña»
124 «El amante de la justicia» 126 «Los periódicos y los títulos» 128 «Peláez y
Restrepo» 130 «Un Creso jovial» 132 «El vecino del Titanic» 134 «Las gordas y
las flacas (diálogo filosófico)» 136 «Mi primera aventura amorosa»

»ENSAYOS« [artículos de investigación]

134 Purificació Mascarell
**La madre de Celia: el fantasma de la mujer
moderna en la ficción infantil de Elena Fortún**

158 Gerardo Fernández San Emeterio
**Los cuentos infantiles de Manuel Abril
para «Los Lunes» de *El Imparcial***

Las «Poetisas», de Mercedes Pinto: el rescate de una conferencia histórica

Alicia LLARENA

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria · alicia.llarena@ulpgc.es

RESUMEN: En 1930, con motivo del Centenario, la festividad patria más relevante de Uruguay, el conocido escritor montevideano Carlos Reyles organizó un ciclo de conferencias para difundir masivamente la historia literaria del país. Las conferencias fueron encargadas a personalidades muy relevantes de la época, entre ellas la escritora canaria Mercedes Pinto, quien residía en Montevideo, exiliada desde 1924, y que se encargó de disertar sobre un primer grupo de mujeres poetas: Ofelia Machado, Sarah Bollo, Luisa Luisi y María Eugenia Vaz Ferreira. Ofrecemos aquí el texto íntegro de su conferencia y algunas notas para su mejor apreciación y contextualización.

ABSTRACT: In 1930, on the occasion of the Centenary, the most important national holiday in Uruguay, the well-known Montevidean writer Carlos Reyles organized a cycle of conferences with the aim of widely disseminating the country's literary history. The conferences were commissioned from very relevant personalities of the period, among them the Canarian writer Mercedes Pinto, who had been living in exile in Montevideo since 1924. Pinto was in charge of speaking about a first group of women poets: Ofelia Machado, Sarah Bollo, Luisa Luisi, and Maria Eugenia Vaz Ferreira. We offer here the full text of her conference and some notes to help better appreciate and contextualize Pinto's contribution.

PALABRAS CLAVE: Mercedes Pinto; Ofelia Machado; Sarah Bollo; Luisa Luisi; María Eugenia Vaz Ferreira; poetas uruguayas.

KEYWORDS: Mercedes Pinto, Ofelia Machado, Sarah Bollo, Luisa Luisi, Maria Eugenia Vaz Ferreira, Uruguayan poets.

EN 1930 Uruguay se disponía a celebrar una fecha relevante en su historia: el primer centenario de la Jura de la Primera Constitución de la República, que el 18 de julio de 1830 había establecido al país como estado unitario, republicano y confesional (católico).

Para la conmemoración, las autoridades uruguayas y los agentes políticos e intelectuales del país desarrollaron una amplia galería de acciones y eventos, entre ellos la construcción y estreno del famoso Estadio Centenario de Montevideo, donde se celebraría la Copa Mundial de la FIFA, primera edición del actual Campeonato Mundial de Fútbol, cuya organización se encargó al país suramericano por los cien años de la Jura de la Constitución, precisamente. Para mayor gloria del evento, en la final el país anfitrión venció a Argentina por 4 goles a 2, ante más de 68.000 espectadores, alzándose con el primer título mundial organizado por la FIFA, de ahí que «la proeza de su construcción y la primera gran victoria fueron los materiales primarios del mito unificador» (Medero 2021, 128).

Junto a la memorable gesta deportiva, la euforia nacional del centenario tuvo otra no menos heroica por su contribución al establecimiento del imaginario cultural del país y por el legado que aún hoy sigue estando vigente: un extenso ciclo de conferencias organizadas por el conocido narrador y ensayista Carlos Reyles, con la idea de rendir homenaje a protagonistas de la literatura uruguaya, planteando una suerte de canon entre histórico y moderno, que fue reunido y publicado un año más tarde, en 1931 –con alguna mínima excepción¹ en los tres volúmenes de la *Historia sintética de la literatura uruguaya*, coordinada por el propio Reyles, prologada por Álvaro Guillot Muñoz, y editada por Alfredo Vila en Montevideo.

Hasta donde sabemos, algunas de esas conferencias fueron editadas por la Comisión Nacional del Centenario como separatas en 1930, o sea, el mismo año en que fueron impartidas y antes de ser incorporadas a los tres volúmenes citados; al menos la que aquí nos ocupa, la titulada «Las poetisas (1er grupo)», que estuvo a cargo de la escritora española de origen canario Mercedes Pinto en la colección «Conferencias literarias» (Pinto 1930). Por cierto, hubo un error de bulto en esa separata, pues se elidieron las páginas 27 y 28, e in-

1. Señala el editor que «por no haber entregado sus autores los originales correspondientes, solo faltan las siguientes conferencias: "La Poesía Post-Modernista" (primer grupo), sobre Carlos Sábat Ercasty y Emilio Oribe; y las que trataron sobre Zavala Muniz, Javier de Viana, Pérez Petit y P. Leandro Ipuche» (Vila 1931).



Mercedes Pinto Armas (1883-1976)

cluso fragmentos finales, de modo que el texto completo solo está accesible en los volúmenes coordinados por Carlos Reyles, que por lo mismo tomamos como fuente.²

Merece la pena mencionar parte de la información que proporciona el editor Alfredo Vila en la breve nota que añade al inicio del primer volumen, y en la que explica el origen, el sentido y la difusión nacional que alcanzó el ciclo, celebrado presencial-

2. Por nuestra parte, la única intervención sobre el texto de Mercedes ha sido enmendar las erratas evidentes de su edición impresa (signos de puntuación, referencias citadas de forma inexacta), modernizando la ortografía original a las reglas actuales.

mente en la Universidad de Montevideo y retransmitido ampliamente por la radio:

[...] con ánimo de enaltecer el prestigio de nuestras letras, don Carlos Reyles ideó la difusión de la historia de la literatura uruguaya por medio de conferencias que se realizaron con el mayor éxito en el Salón de Actos Públicos de la Universidad.

Las conferencias, transmitidas por el S.O.D.R.E.,³ han sido seguidas y gustadas por los radioescuchas de todo el país, de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, y del Estado de Río Grande del Sur.

Fueron confiadas a diferentes críticos, ensayistas, profesores, dramaturgos, poetas, noveladores y periodistas, tratándose, en lo posible, de que cada tema estuviera a cargo de un especialista (Vila 1931).

3. Creado el 18 de diciembre de 1929 como Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica, su objetivo fue «transmitir espectáculos o audiciones de carácter artístico, científico, ilustrativo o ameno con fines de mejoramiento espiritual de los habitantes del país». Se le encomendó, asimismo, entre otras cosas, «crear escuelas y conservatorios». En el momento de su creación «se sostenía que la radiodifusión era un elemento de ciencia moderna puesto a disposición para llevar las notas de arte y de cultura no solamente a todos los centros urbanos que no tienen capacidad para traerlos, sino hasta los más apartados hogares del país [...] la radio iba a ser el eje vertebral del servicio, único, en realidad, para aquel momento de su fundación, el que luego iría creciendo con la formación de sus cuerpos estables y la ampliación de sus cometidos». En la actualidad el S.O.D.R.E. conserva las mismas siglas, pero denominan ahora al Servicio Oficial de Difusión, Representaciones y Espectáculos, tal como se indica en su web actual, de la que tomamos las citas (<https://sodre.gub.uy/institucional/>).

Creo entonces que debe enfatizarse de modo muy especial la participación de Mercedes Pinto en este ciclo de conferencias, el espacio que Reyles y Uruguay le brindaron para formar parte de la historia del país en una charla que devendría en histórica por varios motivos: primero, porque Mercedes fue elegida entre personas de confianza y autoridad intelectual para una tarea sin precedentes, como fue honrar el prestigio de las letras uruguayas; segundo, por el escenario académico —la Universidad de Montevideo— y la difusión masiva a través de las ondas de la radio que tuvieron sus palabras; tercero, porque su conferencia acabó convirtiéndose en parte imprescindible de una *Historia sintética de la literatura uruguaya* que ofició desde entonces como manual de cabecera, de abecé canónico sobre sus figuras principales; cuarto, porque esta invitación a disertar sobre poetas uruguayas tuvo como epicentro la celebración nacional más importante del Uruguay de esas fechas; y quinto, porque como ella misma advierte en algún momento de la disertación, era al fin y al cabo una extranjera ocupando un espacio en un acto de profundo simbolismo patriótico.

A propósito de esta conferencia de Mercedes Pinto que aquí rescatamos, me comentaba recientemente mi colega Alicia Cagnasso Folgueira, investigadora fundamental de nuestra escritora en Uruguay, y encargada en este momento de editar obra publicada en diarios y revistas montevi-



Retrato de Mercedes Pinto dedicado al pintor uruguayo Alfredo de Simone

deanas para la Biblioteca Mercedes Pinto de la editorial Renacimiento, que la participación de la escritora canaria en este ciclo le supuso un reconocimiento oficial, pues aunque en esas fechas ya era un personaje muy querido, admirado y agradecido en el ambiente literario e intelectual, entre otras cosas por su tarea de difusión cultural a través de su fundación, La Casa del Estudiante, no dejaba de ser una extranjera asumiendo una tarea —dibujar la semblanza de conocidas poetas uruguayas— que podía haber sido encomendada a cualquier espe-

cialista de la tierra o a cualquiera de las poetas célebres del momento. Es obvio que, tras seis años de residencia en Montevideo, desarrollando una actividad impresionante, Mercedes Pinto había sido ya adoptada de pleno derecho y podía hablar con propiedad.

La conferencia de Mercedes Pinto se encuentra en la *Historia sintética de la literatura uruguaya*, volumen 2, que dedica a la lírica un papel central y donde hay una abundante presencia de mujeres entre las nueve conferencias que contiene: Delmira Agustini, Juana de Ibarbouro, las cuatro poetas que abordó Mercedes Pinto en su conferencia (Ofelia Machado, Sarah Bollo, Luisa Luisi y María Eugenia Vaz Ferreira) y aquellas de las que habló Giselda Welker (M. Carmen I. B. de Muñoz Ximénez, Esther Parodi Uriarte, Sofía Arzarello de Fontana, Alicia Porro Freire, Ofelia Calo Berro, Layly Daverio de Bonavita, Ana María de Foronda, María Adela Bonavita, Esther de Cáceres, Edgarda Cadenazzi y Clotilde Luisi de Podestá). Nótese que en este segundo grupo de poetas se incluye a la hija de Mercedes Pinto, la joven Ana María de Foronda, autora por entonces de los poemarios *Demonios lilas* (premio de impresión en el concurso de 1928) y *Demonios de colores*.

La escritora canaria, de vida larga, intensa y nómada (vivió en Tenerife, Madrid, Uruguay, Chile, Cuba y México) y de una obra y actividad abundante imposibles de resumir aquí, llegó a Montevideo en 1924 huyendo

de la dictadura de Primo de Rivera, tras pronunciar un año antes en la Universidad Central de Madrid la sorprendente conferencia *El divorcio como medida higiénica*, texto rescatado del olvido y reeditado por primera vez a principios de este milenio. En Uruguay desarrollará una de sus etapas creativas e intelectuales más brillantes: publica la novela *Él* (1926), que será llevada al cine con el mismo título por Luis Buñuel en 1952; el poemario *Cantos de muchos puertos* (1931); la obra de teatro *Un señor... cualquiera* (1930); colabora abundantemente en los diarios y revistas principales del país; trabaja con éxito en las ondas radiofónicas, instituciones culturales y foros republicanos; funda varias asociaciones, entre ellas la célebre Casa del Estudiante, desde la que difundió cultura gratuita para la ciudadanía.

Antes, durante y después de su etapa uruguaya, Mercedes publicará más obra, desarrollará nuevas actividades e intereses e irá perfilando, en sus 93 años de vida, una de las trayectorias más llamativas, curiosas e incluso novelescas del panorama hispánico, que puede recorrerse en la extensa investigación *Yo soy la novela. Vida y obra de Mercedes Pinto* (Llarena 2003), a la que refiero para mejor conocimiento de la autora.

La suya es sin duda una figura en crecimiento en el ámbito académico y editorial, tras el intenso trabajo de investigación, rescate y reedición de sus obras que viene haciéndose en las dos últimas décadas, con especial

protagonismo de la producción menos conocida o accesible; entre esta, la que se encuentra dispersa en la prensa periódica de su tiempo (*Ventanas de colores*, 2001; *Al volar*, 2021). Queda aún trabajo por hacer y textos que desempolvar, al margen de las obras más conocidas que ya han sido editadas y están más disponibles para los lectores; en este sentido, a principios de este mismo año la editorial Renacimiento puso en marcha la Biblioteca Mercedes Pinto, que reunirá su obra completa, con la publicación de un primer volumen de textos inéditos.

La conferencia que aquí ofrecemos desea seguir contribuyendo a esa labor de rescate, tan necesaria como justa, de una de las autoras españolas que más contribuyó con su escritura, con su activismo, con su pensamiento pedagógico, con su propia actitud ante la vida, con la sororidad hacia otras mujeres y con su ideario feminista a la construcción de una sociedad más justa y equitativa y a la configuración del ideal de la mujer moderna. Y aunque lo suyo no fue la crítica literaria —aunque sí la difusión y el respaldo a múltiples escritoras—, en las páginas que siguen pueden disfrutarse la agudeza de sus observaciones literarias, su prosa de enjundia poética y profundidad de océano metafísico, más enfocada en destacar la batalla personal de cada una de las poetisas con el entorno patriarcal a través de sus expresiones líricas y sus trayectorias de vida, a poner en valor, en definitiva, el peso específico de sus carreras literarias

que se sobrepusieron y destacaron en un ecosistema varonil con escaso margen para las voces femeninas. Mercedes ofrece aquí una jugosa semblanza, entre privada y artística, de cuatro poetisas referentes de la literatura uruguaya a las que, además —a excepción de Vaz Ferreira, de cuyo fallecimiento supo por un noticiero que leyó en el barco que la llevaba a Montevideo—, tuvo el placer de conocer y tratar personalmente. Se advertirá más de una vez en esta conferencia el espíritu indomable de la escritora canaria, el conocimiento de los claroscuros de la condición femenina y del alma humana, y la comprometida persistencia feminista que Mercedes materializó en todo cuanto pensaba y escribía.

Unas últimas puntualizaciones para señalar que no hemos intervenido prácticamente en el texto de la conferencia de Mercedes, salvo corrección de errores manifiestos en el original (puntuación, algún error ortográfico) a pesar de que hemos tenido la tentación de cambiar el término más obsoleto de «poetisa» por el vocablo «poeta» (algo que sí nos hemos permitido en el título del artículo). Sin embargo, para no alterar la correspondencia entre el título de su conferencia y el contenido de esta, respetamos la denominación de la escritora, que sirve además para identificar una época ya pasada y el nivel simbólico del lenguaje que corresponde a la misma. No hay que olvidar en ningún momento que se trata de un texto de 1930 y que, por ello, leído hoy desde la óptica de los actuales es-

tudios de género, la retórica y el discurso de la conferencia suenan remotos, igual que la recurrencia al biografismo para desarrollar el análisis de las escritoras; una cuestión que igualmente se explica, primero, por la propia posición enunciativa de Mercedes Pinto, quien, al contrario que otras grandes mujeres de la intelectualidad española de aquellos años, no tuvo formación académica y escribe en estas páginas, como ella misma señala, «mi particular impresión, sin asomo de crítica ni pretensiones de dogmatismos», es decir, sin



Mercedes Pinto en Montevideo (Archivo Biblioteca Nacional)

ánimo de sentar cátedra o de hacer un análisis crítico o académico; y segundo, porque el objetivo de Carlos Reyles, como dijimos, fue hacer una difusión masiva del ciclo de conferencias sobre literatura uruguaya desde la ondas radiofónicas, y la experiencia acumulada por Mercedes en ese ámbito la llevó siempre a elegir la comunicación antes que el discurso ilustrado, y la experiencia personal antes que información más docta.

Aclarado esto, y ya que la conferencia versa sobre algunas de las mejores poetisas de la lengua española en Uruguay, es justo mencionar, siquiera como referencias para ampliar la visión teórica del tema, a investigadoras y críticas feministas, españolas y uruguayas, que, como Tina Escaja (2000; 2007), Carina Blixen (2002) o García Gutiérrez (2013), se han convertido en nombres imprescindibles por sus interesantes contribuciones al estudio de la poesía uruguaya desde el punto de vista de los estudios de género.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLIXEN, Carina (2002): *El desván del Novecientos. Mujeres solas. Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira*. Montevideo, Ediciones del Caballo Perdido.
- ESCAJA, Tina, ed. (2000): *Delmira Agustini y el modernismo. Nuevas propuestas de género*. Rosario (Argentina), Beatriz Viterbo Editora.
- ed. (2007): *Compromiso e hibridez: Aproximaciones a la poesía hispánica contemporánea escrita por mujeres*. Valladolid, Universitat Castellae & The Manchester Metropolitan University.

FORONDA, Ana María (1928): *Demonios lilas* (Premio de impresión en el concurso del año 1928). Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública.

GARCÍA GUTIÉRREZ, Rosa (2013): «Introducción». En Delmira Agustini, *Los cálices vacíos*. Rosa García Gutiérrez (ed.). Sevilla, Point de Lunettes, 9-167 (Col. Los Libros Perdidos: 5).

LLARENA, Alicia (2003): *Yo soy la novela. Vida y obra de Mercedes Pinto*. Gran Canaria, Servicio de Ediciones del Cabildo de Gran Canaria. (Premio Especial de Investigación Canarias-América, Casa de Colón, 2001).

MEDERO, S. (2021): «Entre los sueños de las élites y la realidad», *Revista de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo*, n.º 16, 128. Obtenido de <<https://revistas.udelar.edu.uy/OJS/index.php/RFADU/article/view/726>>. Fecha de consulta: 10-9-2022.

PINTO Mercedes [1923] (2001): *El divorcio como medida higiénica*. Ed. e intr. de Alicia Llarrena. Gran Canaria, Servicio de Ediciones del Cabildo de Gran Canaria (Col. Mercedes Pinto).

— (1926): *Él*. Montevideo, La Casa del Estudiante.

— [1930] (2001): *Un señor... cualquiera*. Ed. e intr. de Alicia Llarrena. Gran Canaria, Servicio de Ediciones del Cabildo de Gran Canaria. (Col. Mercedes Pinto).

— (1930): *Las poetisas. Primer grupo*. Comisión Nacional del Centenario, Montevideo. (Col. Conferencias literarias).

— (1931): «Las poetisas. Primer grupo». En Carlos Reyles (coord.), *Historia sintética de la literatura uruguaya*. Vol. 2, Montevideo, Alfredo Vila, 240-304.

— (1931): *Cantos de muchos puertos*. Montevideo, Librerías Rubén.

— (2001): *Ventanas de colores*. Ed. e intr. de Alicia Llarrena. Gran Canaria, Servicio de Ediciones del Cabildo de Gran Canaria. (Col. Mercedes Pinto).

— (2021): *Al volar. El País Gráfico. La Habana 1950-1951*. Ed. e intr. de Alicia Llarrena. Sevilla, Renacimiento (Bibl. Mercedes Pinto).

REYLES, Carlos, coord. (1931): *Historia sintética de la literatura uruguaya*. Pról. de Álvaro Guillot Muñoz. Montevideo, Alfredo Vila.

S.O.D.R.E. (Servicio Oficial de Difusión, Representaciones y Espectáculos). «Institucional». Obtenido de <<https://sodre.gub.uy/institucional>>. Fecha de consulta: 15-9-2022. [s. p.]

VILA, Alfredo (1931): «Nota del editor». En Carlos Reyles (coord.), *Historia sintética de la literatura uruguaya*. Montevideo, Alfredo Vila, [s. p.].

Mercedes Pinto

LAS POETISAS (1.º grupo)

(Ofelia Machado, Sarah Bollo, Luisa Luisi, María Eugenia Vaz Ferreira)

Señoras, señores:

HABLAR de cuatro poetisas y comentar sus poesías es la tarea que se me ha encomendado. Difícil tarea si se considera la talla de algunas, maduras ya en floración determinada, y la esperanza inquietante, aureolada en pinceladas prometedoras de otras, dignas tal vez de mayor interés, por cuanto de la juventud puede esperarse todo.

Con devoción sincera he de dar pues mi impresión sobre las poetisas que he de tratar. Mi particular impresión, sin asomo de crítica ni pretensiones de dogmatismos, observaciones que no tendrán otro mérito que aquel que alguno pudiera señalar como inconveniente: *el no haber nacido yo en este país*. Y es precisamente esto, que parecería dificultad para el acierto, en lo que tal vez escribe su mayor equilibrio. Por no haber nacido yo en este país. Por no ser ni maestra, ni discípula, ni compañera de estudios de ninguna de ellas. Porque mi mirada viene de afuera, se alarga desde el balcón exterior de la literatura ambiente y puede así ver sin los velos de la amistad excesiva, de la gratitud o del compañerismo que hace fraternos los espíritus. Y también sin la sombra de resentimientos, de rozaduras o asperezas que, en la gravitación unisona alrededor de la misma lumbre, marca las almas, quitando a la opinión la límpida claridad de las lejanías, el claroscuro y el contorno, que se confunden en los cuadros contemplados demasiado de cerca.

Sírvanme estas palabras como prólogo para abordar de inmediato la labor que se me ha encomendado, que trataré de realizar como si hiciese sonar mi voz musicalmente: primero los arpeggios ligeros, los motivos delicados, la trama armónica, sugerente y prometedora, para culminar después en el apasionado momento en que toda la inspiración del artista se sella en un trémolo.

Comenzaré, pues, a hablar de Ofelia Machado de Benvenuto, que es de las cuatro poetisas que me toca tratar, la que tiene menos obra realizada, para terminar la conferencia con el nombre de María Eugenia Vaz Ferreira, flor en todo su desarrollo, mayestática flor solitaria que quedará arriba del búcaro, extendiendo hacia todas las cumbres sus brazos alcanzadores de soledad.

Ofelia Machado

Ofelia Machado de Benvenuto es, desde luego, un espíritu de selección con todas las facetas de esta clase de almas: tímida, reconcentrada y, si la frase me fuera permitida, diría que modesta hasta el orgullo.

Su temperamento ascético tal vez la hubiera llevado ya —de no atravesarse en su camino el amor— hasta las batallas más rudas que libran contra la miseria moral los apóstoles de la nueva conciencia. Y decimos ya, porque sobre temperamentos como el de Ofelia Machado Bonet no es fácil profetizar cuando causas momentáneas sumergen en letargo su vitalidad espiritual. Una veintena de años, un hogar constituido legalmente y un hijo son lazos más que suficientes para detener la carrera de la gacela en su cruce veloz por la llanura.

La vida espiritual de Ofelia Machado Bonet pasa hoy por una nueva faz. Si se tratase de otra clase de espíritu, podría decirse que esta se había perdido para la causa de las justicias y las reivindicaciones. Pero en la clase del que nos ocupamos, estos paréntesis en las vidas de acción, provocados por causas sentimentales, solo pueden ser espacios librados para un recogimiento de actividades, y un mejor resurgir cuando, a través de una detenida inspección íntima, puedan delimitarse la orientación, la fuerza concéntrica y la plenitud de sensibilidades.

La primera juventud de Ofelia Machado Bonet nos permite esperar el mayor desarrollo de una vida de acción que ella llevaba en germen desde la adolescencia. Su espíritu liberado de prejuicios anhelaba luchar contra la superstición, los prejuicios, las costumbres absurdas, la inmoralidad, la ignorancia, y comprendiendo que solo una clase estaba preparada en humildad para recibir la enseñanza, pensó en la mujer obrera, tan irredenta espiritualmente como la de clase elevada, pero más apta para las nuevas ideas, como la tierra yerma recibirá más fácilmente la hendidura de la reja y el arado, que el bosquecillo inculto, pero poblado, de duras malezas y espinosas zarzas valetudinarias.

Y reunió Ofelia Machado Bonet en torno suyo a un grupo de señoritas, estudiantas como ella, y como Presidenta de una Comisión Femenina dentro de la Institución de estudiantes, «Centro Ariel», dedicó muchas de las horas que sus estudios la dejaban libre para dar clase a muchachas humildes, carentes de cultura; irles comunicando calor de ideas, claridad de conocimientos, y luz para diferenciar, para distanciar, para estudiar con exactitud facetas de la vida del espíritu, útiles también para la existencia material cotidiana, más llevadera mientras pueda ser más justamente comprendida. En una carta que Ofelia Machado Bonet me escribió un día, decía así en uno de sus párrafos: «Tengo un gran dolor en lo que se refiere a la parte femenina de la vida: la frivolidad espantosa de la mujer de alta sociedad». Como es fácil de comprender, cuando una mujer de talento escribe esto a los 18 años, es que lleva en sí misma el ger-

men divino de los más altos ideales; y la mirada de los que aman la fortaleza de espíritu puesta al servicio de los credos solemnes, podrá declinar el interés sobre el puente lanzado entre la adolescencia de Ofelia Machado Bonet y la juventud plena de Ofelia Machado de Benvenuto, pero la esperanza queda en alto, como un verde pendón, en espera de la madurez de esa vida, que será cuando ha de dar el fruto de humanidades que la Humanidad hambrienta necesita en su miseria de reivindicaciones.

Ante la poesía de Ofelia Machado, como un pórtico revestido de pámpanos olorosos, ha de colocarse su acción social frente a la mujer obrera, en su amor a la causa del feminismo consciente y en su enseñanza práctica desde aquella entidad de difusión de cultura, y ha de colocarse como una seguridad de acogimiento, como una garantía de agasajo cordial, como una bienvenida promisoramente antes de pasar al refugio místico, donde en panorama de distancias extiende el ala de su aristocracia el ave que canta para el reducido grupo de los elegidos.

Porque la poesía de Ofelia Machado no tiene la dulzura de los vinos que comunican calorías emotivas a las venas vitales, ni exalta en las células matrices la fuerte preponderancia de los gestos rotundos. Es una poesía extraña, desde luego original, no usada frecuentemente por las poetisas de América. Poesía de sentimientos quintaesenciados, de sensaciones secundarias para la sensibilidad sensorial, pero fundamentales para las aspiraciones metafísicas que desarrollan sus actividades más lejos del plano del surco y la semilla, confundidas allá, en las superficies inabarcables, con la aspiración suprarrealista del cirrus y la estrella.

Poesía que tiene el frío de las distancias y el centelleo de los destinos; poesía sensitiva y no sensible; poesía que escucha más que dice; que eleva silenciosamente y muestra el movimiento sin movimiento de las horas, que nos avejentan sin maltratarnos, labrándonos surcos de sombras con dedos ignotos, carentes de sensibilidad.

De las escasas poesías que Ofelia Machado ha publicado, leeré dos, «Hastío» y «Acción», que parecen completarse en un modo único, aplicando esta última fórmula para destruir la araña de mal vivir que es «el hastío». Dice así:



HASTÍO

Hastío,
resaca del río
de mal vivir.
Araña, la más opaca.
Cuando en un leve descuido,
en todo rincón te agazapas,
múltiple,
invades luego como un río,
ávida solo de migajas;
aunque después no respetas
ni aún las fortalezas de la casa.
Te entras lentamente como un río.
Vuelves endebles
los cuerpos violentos,

pues tu agresión constante
desequilibra todo instante;
esculpes sombríos fantasmas,
manchas silencios
y nos abanicas con tu pantalla
de desaliento.
En el sótano vives
y desde allí atisbas
lo que pasa...
Tus estratagemas tientan
al centinela de la casa,
y entonces tú te entras
esquivando batallas
y ríes
del Valor y la Esperanza.

Esta poesía tiene una gran belleza y un fondo rico, extrañamente bordado en un encaje propio y sutil.

Hastío —dice— «resaca del río de mal vivir». Hermosa frase, llena de enseñanzas. Del vivir que no hace útiles las horas; del vivir en medio de placeres que terminan pronto, dejando en el alma la araña más opaca, que entra como en un descuido por una hora de laxitud, por una repetición de gestos o de alegrías y, luego, fuerte y poderosa se acrece con los detritus de las vidas inútiles, y devora solo las migajas, es decir, lo inútil de las horas, las sobras de los días, pero luego, ¡ah!, luego invade toda la casa, todo el corazón, y no respeta ni las fortalezas de ella, ¡ni el más hondo amor! ¡Ni las más profundas emociones! Te entras lentamente como un río; no grita, ni llora, ni ruge como el Desengaño o el Abandono, pero penetra sordamente y «vuelve endebles los cuerpos violentos», aquellos cuerpos que sabían gozar y se iluminaban de vida, caen «desequilibrados por su agresión constante», «esculpe sombríos fantasmas» en los que nunca se creyó ni se temía, y abanica el calor de las vidas henchidas de fuego con la «pantalla fría del desaliento».

Vive el Hastío en el sótano; en las horas sobrantes y en las cosas que no importan nada, pero como desde allí «atisba lo que pasa», puede entrar esquivando batallas porque el Hastío no lucha, ni discute, ni gasta energías en batallar ni en desarraigar convicciones. No batalla, pero triunfa sin gastar fuerzas y ríe luego del Valor y de la Esperanza, que nada pueden contra la terrible victoria ganada.

La otra poesía, «Acción», dice así:

ACCIÓN

Perfilas las figuras
en vigoroso y vivo
bajo relieve
y aunque me quitas con usura
mis panes y mis vinos,
te pido que me lleves.
Adormeces la honda angustia
con tu arroyo violento,
y deshaces en tu boca adusta
todo lamento.

Enderezas tu bandera victoriosa
sobre el bostezo y la duda,
y vuelcas, turbulentamente, tu tinta roja,
desde tu vida inmensa y dura.
Martilleos alcohólicos de incendio
contra el yunque difuso del espíritu.
Adivinación de fuerza destinada
como la de una mano que agitate
la rica pasividad del Sol.

Perfectamente definido el perfil de la figura, la poetisa sabe que la acción le quitará su pan y sus vinos. Le ha de robar seguramente lo más dulce y feliz de su alma: la paz; le quitará sus ilusiones mejores: la serenidad de los pinares y el perfume de la fronda en quietud; la arrebatará de su soledad y de la armonía de las noches silentes empapadas de voces de lo alto; pero, sin embargo, la poetisa le pide que la lleve, porque sabe morir en calma y prefiere la vida herida de amores a la silenciosa paz de los destinos sin norte y sin fe.

La acción adormece la honda angustia y deshace en su boca adusta todo lamento. ¡Cómo conoce la poetisa, en su juventud, el enorme regalo de la acción a las vidas dolientes! Y ¡cómo comprende que en su boca dura queda sellado el grito de dramatismo que se quiebra en sudor sobre el páramo que pide nuestras fuerzas para henchirse en germinaciones!

La poesía de Ofelia Machado es varonil, sin el esfuerzo de masculinismos imprevistos. Su virilidad consiste en su fondo macerado en ascetismos y desprovisto de sensualidades; en su manera decidida y fuerte; en su falta de vacilaciones; y en el poderío sereno de su fondo medular y saturado de una serenidad y de una seguridad que, si no fuera una frase demasiado atrevida, yo la llamaría como una especie de filosofía vegetal. Conocimiento de las cosas en relieve natural, donde no hay anhelos ni esfuerzos dinámicos, ni sufrimientos, ni desesperanzas. Filosofía vegetal que anhela superaciones, no sujeta a los cauces de la verdad sin aleteos de imposibles, sino que se complace en observar, y delimita su acción en convivencia con la Naturaleza, con el espíritu mismo de las cosas.

II Sarah Bollo

La obra de la joven poetisa Sarah Bollo ocupará ahora nuestra atención. Publicó Sarah Bollo en 1927 un libro que tituló *Diálogos de las luces perdidas*, que mereció de la crítica una seria atención y un juicio digno, que decía bien claramente de la expectación que producía la llegada de una nueva alondra al bosquecillo poblado de aves cantoras.

Diálogos de las luces perdidas es, en nuestro concepto, algo más que un primer libro de muchacha demasiado joven: constituye una magnífica voz en el concierto de las voces armoniosas, y hay decididamente motivo para detener el paso, y prestar a la nueva armonía que viene de lejos un oído de cristal que pueda percibir sus más finas modulaciones.

Sarah Bollo en su poesía primera se nos presenta como un espíritu dirigido hacia planos superiores, donde las potencias materiales se han convertido ya en cenizas por la fuerza indestructible de las del alma. Esta tendencia espiritualista llevó a la eximia poetisa, Juana de Ibarbourou, a decir al final del prólogo con que se avalora el pórtico de *Diálogos de las luces perdidas*, de Sarah Bollo, estas consideraciones: «Un ideal abstracto y confuso, para nosotros, parece guiar a la poetisa. Quizás mientras su alma habla e interroga a las luces dispersas, ya se esté levantando para ella el alba resplandeciente a que tiene indiscutible derecho toda muchacha de veinte años, por más amiga que sea de la metafísica y la filosofía». Sin embargo, de este pronóstico, la nueva poesía de Sarah Bollo, la que viene publicando de 1927 hasta la fecha, y la que en conjunto veremos en su libro en preparación, *Los nocturnos del fuego*, (por lo menos los que de este libro conocemos) no ha hecho proféticas las palabras de Juana de Ibarbourou.

Dejando a un lado la situación sentimental del corazón de la poetisa, podemos asegurar, solo atentos a la poesía, que esta no ha cambiado más que en la forma, puesto que, en la esencia, y en el fondo mismo, continúa siendo la misma poetisa misteriosa y con aromas de la espiritualidad elevada de tierras donde el Loto deja caer sus flores deshojadas, que se nos mostró en el libro *Diálogos de las luces perdidas*.

Yo no he encontrado nunca confuso ni impenetrable el verso de Sarah Bollo; para mí, al menos, su claridad resbala en mis pupilas como la radiosa del amanecer, pues si en algún momento el hilo de oro de su verso parece que se pierde a mi comprensión, y se enreda en apretados nudos, me sucederá como en la dulce armonía que sigue nuestro oído musical en su entusiasmo, que si pierde a veces la unidad armónica para nuestra particular comprensión, continuaremos un poco más adelante la cadencia del ritmo, comprendiendo que el momento que escapó a nuestro compás, se debió a la inspiración del compositor, que así pudo sentir y realizar su obra.

A nosotros nos ocurre esto con la poesía de Sarah Bollo: la comprendemos, la sentimos, la amamos. De pronto se hace turbia, escapa como un ave en ligeros escarceos a nuestra mente, pero estamos seguros de volverla a encontrar y, con la mirada fija en el espacio —que esta vez es el verso—, la idea regresa, se hace perceptible, dulce, consoladora, confiándonos cómo su repentina huida fue para posar en el corazón de la poetisa, ocupando el hueco que le estaba destinado, y que solo ella tenía derecho a conocer.

En la poesía de carácter metafísico suele encontrar, a menudo, la crítica profundos caos en que se pierde temerosa la mente profana. Y es que, para comprenderla bien, no basta que el cincel sea de oro, lo que es preciso es que sea de la misma materia que el verso, que sienta su inspiración, que sueñe con sus sueños y sus ideales sean los suyos, y entonces todo le será fácil al crítico o al lector, porque el verso no tendrá para él más secretos que, como dijimos antes, las pequeñas huidas hacia las grutas particulares, en que la conciencia guarda sus frutos más sabrosos y sus céspedes más intocados.

La poesía que habla a los sentidos es siempre absolutamente comprensible para la generalidad. El crítico sapiente marcará los grandes aciertos, y señalará sus elevaciones y descensos, pero el lector, de cualquier clase que sea, sentirá latir su corazón con el verso que les canta en sonrisas o en lágrimas, las mismas sensaciones vitales que sacuden sus nervios y hacen circular más de prisa el cálido torrente de la sangre... ¡Amor, dolor, celos, ansias, esperanzas, ausencias, desvíos, arrepentimiento y venganza! ¡Todos los sentimientos del corazón! ¡Todos los llamados de la materia! ¡Todo lo que sacude, lo que agita, lo que es llave de nuestro vivir y losa de nuestro morir, ha de encontrar eternamente un eco resonante en este anhelar accidentado y lamentable, que solo encuentra realidad en el estremecimiento de la carne, y habla de frialdad y de muerte en el descanso místico de las largas ensoñaciones!

Por eso la poesía de Sarah Bollo ha levantado una aspiración de regreso en algunos críticos; una llamada hacia su hora; un gesto de simpatía a la que consideran un extravío momentáneo, mientras ponen un compás de espera a su vuelta al canto unísono de los vivos problemas sentimentales.

Pero nosotros creemos que Sarah Bollo no ha de entrar nunca en este recinto donde extienden sus hojas fuertes las rojas flores de la pasión. Sarah Bollo es un alma mística, de un misticismo demasiado elevado y abstracto para titubear en su camino, aunque el sentimiento le llenase de frutos el corazón. En algunos poetas, las cuestiones sentimentales son la base de su inspiración y así los vemos fogosos y ardientes en la primavera y verano de la vida; decaídos y escépticos cuando las grises brumas del invierno hacen amistad con sus cabelleras.

El poeta de sensibilidad quintaesenciada y metafísica tiene el estro alejado del corazón. Y no es que no sea apto para el amor, y aun sepa amar y ame intensamente, pero el amor y todas las pasiones de la tierra no acertarán seguramente a llenar el caudal de su inspiración ni a satisfacer los anhelos de su

espíritu que, como dijo una poetisa española, «sabe dejar sobre la tierra lo terreno» y elevar hacia un más allá, librado de toda atadura carnal, las alas del alma.

Sarah Bollo siente el divino mareo de las distancias; su pluma vuela como si fuera en realidad arrancada de un ala gigantesca. Para ella, ¡los astros son pedregales para el escalar de su deseo y la Eternidad el salón magnífico para pasear sus anhelos ante el estrado luminoso de Dios!

La mística esperanza de Sarah Bollo se nos muestra bien claramente en esta poesía de su primer libro. Se titula la poesía «Camino de Soledad y Eternidad». Dice así:

Mujer, no llores. Nunca, por la terrestre senda,
se oyó la voz del bronce clamar: «Eternidad»;
porque el errante globo es hueco y la tremenda
distancia se traspasa en honda soledad.
Si ante tus ojos ciegos se rompen las cadenas
una invisible mano las volverá a anudar.
El alma es en la muerte como la nave; apenas
se pierde en lontananza halla otro inmenso mar.
Yo sé que todo vive más allá; que la Muerte
es breve y engañosa como un sueño; que el fuerte
latido reverbera en la llama sin paz.
Mujer, no llores. Cuando se alargue tu sendero
sobre tierras y mares, hallarás al viajero
y tendrás soles nuevos para siempre jamás.

La idea de otros mundos mejores, donde el alma encuentra ascendencias luminosas, se determina con viva fuerza, y alrededor de la semilla matriz, los puros brotes de esta poesía interesantísima se extienden afanosos en busca de aspiraciones y deseos, que son innatos en el ser místico, en un continuo anhelar perdido, entre las sombras que aún lo detienen y los deseos a realizar de una visualidad distinta y un resurgir sin carga detrás.

La hermosa poesía, «Viajero perdido», llora exactamente la huida de un ser querido hacia derroteros de perdición. Examinemos qué manera más fina y bella tiene la poetisa de contarnos su angustia en la contemplación de la pérdida de su amigo, y cómo le ofrece los dones de su mente, el agasajo cordial y recto de la confianza y de la amistad, al que no supo, o no quiso, hallar el sendero recto de su corazón que se le ofrecía generoso.

VIAJERO PERDIDO

Tan honda era la noche que se perdió tu alma,
como un ave viajera por los inmensos cielos.
Yo quise alzar la antorcha azul de mis anhelos
para guiar tus pasos, pero murió en la calma.
Grité entonces tu nombre a los nocturnos vientos
para que lo llevaran sobre sus negras alas.
Grité entonces tu nombre a los nocturnos vientos,
pero solo el espacio lo escuchó y aún resbala
con su túnica blanca desgarrada en lamentos.
Y me vestí de ensueños, maravillosamente,
esperando tu ofrenda para mi joven frente,
ya que te fue imposible hallar mi corazón.
Y apacentando estrellas en las noches sin horas
fui la más solitaria de todas las pastoras
porque te vi perdido en la desolación.

En esta poesía el grito místico de la poetisa se hace más perceptible y toma una fuerza más segura: «¡fui la más solitaria de todas las pastoras porque te vi perdido en la desolación!». ¡No porque se perdió para su corazón! ¡No porque no la ama o la olvida, sino porque lo ve perdido en la desolación! Perdido para la vida interior, perdido, en fin, para lo que a un poeta místico debe interesarle más que nada: ¡El camino del espíritu!

En esta otra poesía se observa la pureza de pensamiento que lleva a viajar en dulce desvarío sin que un solo latido carnal turbe la transparente música del sentimiento espiritual. Se titula «Barcarola vespertina», y dice así:

Unge tu oscura barca con ensueños azules
y boga en el traslúcido zafiro de este mar.
La dulce tarde tiende sus soñolientos tules
y abismo en el silencio su vagabundo aduar.
Boga, barquero, boga. Los solitarios vientos
y las olas propician anhelos de viajar.
El sol, que es confidente de todo firmamento
ampara nuestros sueños en su lejano hogar.
Oye: cruzan legiones de coros vespertinos;
tiembla en la brisa el nuncio de cándidos destinos
que impelen a la isla nuestro peregrinar.
Somos dos almas locas sin triunfo ni derrota.
Quizá solo soñemos ser dos blancas gaviotas
y sobre el mudo arcano volar, volar, volar...

Ya no se trata en estos versos del ser al que hay que buscarle un consuelo, ni del amigo o amado, extraviado en las sombras de la duda o de la desolación. Aquí la poesía toma ya caracteres más íntimos, y tiene por confidente a la noche y a la soledad, la cordialidad de dos viajeros que bogan impelidos por los mismos sueños, llevados en la misma barca hacia unísonos destinos a los que los lleva idéntica arrolladora fantasía e iguales aspiraciones idealistas. Brazo con brazo, tal vez cuerpo con cuerpo, se aprietan dos seres, hombre y mujer, en una barca unguada de ensueños azules, y en el calor de la inspiración, cuando a los poetas se les tornan cálidas las imágenes, y toma cuerpo la fantasía, y los labios se crisan en un estallar de besos que caen sobre las páginas, dando a su albuja claridades de incendio, la inspiración de esta poetisa, en cambio, permanece empapada en místicos aromas, y pide para término de su viaje el lejano hogar del Sol, o sueña igualando a las aves el inestable futuro de volar, volar...

La poetisa encierra en este libro un amor: el del mar. Y yo también en esto encuentro el eterno afán de inmensidad que arrebató su alma de entre las cosas deleznales.

No tanto como consideración de una posible orientación espiritual, sino por creerlo un bello romance de dulce armonía, leeré su «Balada del mar», que puede compararse con los más musicales de los clásicos españoles y que, al mismo tiempo, tiene toda la intensidad de sentimientos que imperan en los versos de la elevada poesía de Sarah Bollo.

BALADA DEL MAR

¡Oh mar, que besas las naves
y no abandonas jamás,
llévame sobre tus sendas
por toda la eternidad!
La tierra está solitaria;
me mata la soledad.
Tus almas de tenue espuma
me saldrán a acompañar,
y nos iremos cantando
un largo canto triunfal,
el sol sobre nuestras frentes
y los ojos sin afán,
como en un divino sueño.
¡Mar y cielo, cielo y mar!
Todo el amor del abismo.
La luz de la tempestad.

El estupor de la huida.
La apoteosis sideral
bajo guirnaldas de estrellas
que me vienen a abrazar.
Allá lejos, oh, tan lejos
que ni mi voz llegará
en una playa perdida
los pescadores dirán:
—¡Pobrecita la muchacha
que se la ha llevado el mar!
Y yo sonriente y tranquila
no querré volver jamás.
Y seguiré por tus sendas
por toda la eternidad
como un albatros viajero
libre y rauda, ¡oh dulce mar!

La tierra tiene demasiado fango para la viajera, y el mar liberador, sin alimañas y sin zarzales, le abre el horizonte como el suave prelude de un mundo más ajustado a sus anhelos de inmensidad.

• • •

Ahora la joven poetisa toma un camino nuevo sobre el mismo rumbo metafísico; cambio de forma, de escuela, que la distancia un poco de los espíritus sencillos que buscaban al calor de su lámpara un mismo camino de sensibilidad. Ahora, más depurada también en su poesía, Sarah Bollo forma con imágenes sus versos y, quintaesenciando la expresión, se ha elevado sobre la masa de corazones que la escuchaban, y planea en otras esferas el globo de plata de su cantar.

Veamos la diferencia existente entre la poesía de ayer, de Sarah Bollo, y la de hoy.

LETANÍA POR LA VICTORIA TRONCHADA

Ancla rota de la espera;
lámpara roja del ensueño;
puerta de bronce de la alegría.
El tiempo se detuvo para unir nuestras vidas;
el tiempo descenso de los astros, abejas de fuego,
sobre la extendida violeta dormida del espacio.
Ancla rota de la espera.
Esperanza dulcemente labrada.
Extendí mi corazón en tu umbral, dulzura de la victoria,
doblegué en tus manos mi vida.
Semilla en la luz desflecada,
lámpara roja del ensueño,
sobre el mundo levanté tu imagen,
coraza del dolor, espada de las sonrisas, albas efímeras.
Cantando la muerte de la ceniza
tiré mi llanto en el río.
Mi juventud fue flecha de las flautas,
puerta de bronce de la alegría.
El tiempo se detuvo para unir nuestras vidas.
En tus manos, misteriosa amapola, doblegué mi alma,
pero tú, hacha dormida, la heriste sin querer.
Tú mirabas las piedras, el camino, el instante;
yo el alba, ramo del único fruto de oro.
Ancla caída de la espera.
Lámpara rota del ensueño.
Puerta cerrada de la alegría.
Mi dulce victoria tronchada.

Aquí la poetisa dice «ancla rota de la espera», «lámpara roja del ensueño», «puerta de bronce de la alegría», «luz desflecada», y otras preciosas imágenes que los primeros versos no conocían. Son bellos malabarismos que indican una mentalidad trabajada; labor de orfebre que rodea a la piedra preciosa de la idea de un mayor encanto, labrando a cincel la guarda de oro de la forma. Sin embargo, la poesía de Sarah Bollo, yo creo poder asegurarlo, no tiene su mayor consistencia en un cambio de escuela o en una mayor detención en la filigrana de la joya literaria. Su fuerza trascendente está en el nervio animador de su verso; nervio que no se alimenta de la materia deleznable ni tiene su apoyo en los sentimientos que radican en la viscera donde Cupido tiene su nido, sino que brota del sagrario espiritual y en el alma misma tiene su asiento. Y es por esto por lo que la poesía de Sarah Bollo seguirá su marcha ascendente hacia el manantial de la luz: más grande la poesía mientras más extendidas tenga las alas de la mente; más robusta, mientras mayor sea el caudal de su generosidad; y más fina y más pura también, mientras más familiares se le vayan haciendo con el diario y continuo trato, los graciosos duendecillos que deshojan flores en el altar luminoso de la fantasía.

III LUISA LUISI

Hablar de la escritora Luisa Luisi es una labor seria, su figura intelectual es intensa y conocida. Sin embargo, no todas sus facetas son indiscutidas, lo cual es un paso bien interesante para el volumen de la personalidad. Cuando un ser humano abarca, en el terreno del trabajo, más campo del que corresponde a la generalidad, es regla común el que crezcan los descontentos, y para ello existen dos factores: la propia dificultad de llegar triunfales a todos los límites, y la oleada de reacción enemiga que produce en las multitudes el exceso de actividades, sobre todo si tiene perspectivas de éxito.

Luisa Luisi nació en un ambiente de trabajo, pero en un ambiente de trabajo hostilizado y, por lo tanto, en rebeldía, o por lo menos en actitud de defensa. ¿Y defensa de quién y por qué? El extranjero no suele laborar, por regla general, con grandes facilidades, y más aún en épocas pretéritas, como cuando los padres de la poetisa llegaron a Montevideo. Traían consigo, los esposos Luisi, un caudal de talento, de profundos conocimientos pedagógicos, filosóficos, sociológicos, y este caudal de cultura estaba orientado hacia una ideología de libertad y de ideas progresistas en el sentido moral, que no estarían naturalmente de acuerdo con los prejuicios y la religiosidad ambiente de entonces. Me figuro yo que los esposos Luisi tendrían que luchar contra las costumbres, las ideas de fanatismo, clericalismo, militarismo, etc., que les colocarían al paso, franca barrera opositora. Hace pocos días, leyendo un homenaje de recordación dedicado en *Entre Ríos*

al caballero Luisi, que ejerció el magisterio en aquella población, me enteré de cómo el Gobierno de la República lo había destituido de su puesto, a causa de lo poco gratas que eran a los dirigentes de la Nación las ideas liberales del profesor Luisi, consideradas por aquellas autoridades como disolventes...

Para hacernos más perfecto cargo de lo que tendrían que sufrir los esposos Luisi con sus ideas avanzadas, bastaría con echar una ojeada a nuestro medio en la época actual, donde *todavía*, y pese a nuestro palmario progreso, las personas que tienen ideas liberales en los pueblos, y más aún si son mujeres, son tomadas con resistencias y apartadas como peligrosas de los círculos de la llamada altura social. ¡Cosa triste que obliga a claudicar miserablemente a muchas personas, que disimulan sus ideas y convicciones con tal de rodearse de ciertos elementos de posición, que de otro modo la señalarían con anatema! Así vemos con frecuencia —sobre todo entre las mujeres— escritoras, doctoras, poetisas, etc., que echan en ocasiones doble llave a sus íntimos sentimientos, a sus convicciones más sinceras, con tal de no perder un dorado prestigio, entre personajes de brillo cuya protección social les agrada o les conviene. Los esposos Luisi no fueron así. Lucharon bravamente contra la reacción que turba las conciencias y embota las voluntades; trabajaron con ardor en cuestiones educativas y sociales; y cuidaron de dar a sus hijos una educación que, desde luego, tampoco estaba concorde con las costumbres de la época. Estudiar para poder luego valerse a sí mismas. Adquirir tales conocimientos, cultura tal, que cada uno de los seres que habían colocado sobre la tierra, pudiera luego defenderse sobre ella, con las armas más nobles y más duraderas.

La hija mayor de los esposos Luisi, hoy la conocida Dra. Paulina, fue la primera mujer que siguió la carrera de Medicina en la República del Uruguay y, o mucho me equivoco, o probablemente podríamos añadir que en el Río de la Plata.

Los esposos Luisi pusieron, pues, en acción el verdadero feminismo, todas las ideas que hoy, después de cuarenta años, se continúan predicando como justas y necesarias, sin encontrar en todos la misma y determinante acogida. ¡Cuánto lucharían! ¡Cuánto tendrían que sufrir! ¡Qué ásperos les resultarían los triunfos y qué difíciles todas las ascensiones! De ahí tal vez una frase que un día escuché de labios del propio señor Ángel Luisi, que me hizo mucho efecto: «Nosotros —me dijo— implantamos en nuestro hogar “el pudor de los afectos”, y jamás acostumbrábamos a demostrar nuestras emociones, guardando el cariño familiar, la ternura, las explosiones todas que en otras familias se exteriorizan más o menos ruidosamente bajo “la doble llave de nuestro recogimiento”». Las hijas de los esposos Luisi estudian Pedagogía, Medicina, Derecho... Las Universidades y los Institutos se llenan con sus nombres. Estudiar, luchar, subir, ganar años venciendo las diatribas, las envidias, tal vez las burlas... Y todo en plena juventud, en los días bellos de la vida, sin poder ver cómo los árboles se cubren de brotes en la primavera, ni suspirar con romanticismos juveniles a la primera caída de

las hojas porque no hay tiempo para mirar al cielo, ni al paisaje, ni a la ensoñación, y las pupilas juveniles dominan el ardor de su miraje, para dejar sobre las páginas de los libros la llamada insistente que ha de absorber la idea y fundirla en la materia gris.

Y una de las hijas de los esposos Luisi, precisamente la que llevaba un nombre de semejante eufonía, Luisa, sintió la poesía y escribió versos. Luisa Luisi tenía el soplo de la inspiración, sentía el arte y la belleza, que es sentir la poesía, y sus versos comenzaron a llamar la atención. ¿Por qué comenzó a resonar en los círculos intelectuales la poesía de Luisa Luisi? Indudablemente porque tenía valores. No cabe el pensar que su influencia como profesora pudiera tener intervención en su éxito, pues muchas profesoras de todos los tiempos han escrito versos y los han publicado sin obtener éxito ni popularidad. La poesía de Luisa Luisi despertó el interés que despiertan las cosas que valen, y en ellos se fijó el público y la crítica, logrando que se le editasen libros en Europa y en la Argentina, recibiendo aplausos de intelectuales de lejanos puntos, y viéndose colocada en un puesto elevado entre los mejores poetas del Uruguay.

Se ha dicho, sin embargo, de la poesía de Luisa Luisi, que está basada en ideales filosóficos, que tiene demasiada literatura y que se mueve en un plano metafísico y conceptual. Yo le encuentro a la poesía de Luisa Luisi más interés que todo esto.

La poesía de Luisa no es tendenciosa, cosa que, a mi modo de ver, no sería un perjuicio, siempre que se utilicen las bellas formas para hacer llegar mejor a la conciencia humana la bondad de ideales sociales o filosóficos, pero cobra un interés más personal la poesía de Luisa porque no nos indica en ella ningunos caminos, ni nos señala puntos de orientación, sino que se conforma con hacernos conocer veladamente las inquietudes de su alma, las angustias de su vivir moral, y las brumas dolorosas que circundan sus conocimientos en el buscar constante de una verdad.

En la poesía de Luisa Luisi, no encuentro ciertamente prurito de enseñanza, sino dolor de mujer intelectual que se siente naufragando en decepciones metafísicas, sin la seguridad positivista y sin un seguro asidero místico. Interesante posición de poetisa, que la distingue de la ruta amorosa sin proponérselo, puesto que en ocasiones se nota su deseo de llegar a ella, tal vez para congraciarse con el gusto de las multitudes, o quién sabe si obedeciendo a ráfagas reales de amor o de sentimentalismo.

Yo creo comprender el interior sagrario poético de Luisa, y me lo imagino así: Alma, comprensión, sentimiento. Configuración normal de mujer, y de excepción en su altura moral. Comienza su vida sometida a una disciplina familiar con la rigidez necesaria para hacer sentir la necesidad del trabajo, ¡más aún! la de superación. Luisa Luisi estudia desde niña en forma absorbente. Libros en las cestas de los juguetes; cartillas entre las ropas de las muñecas; clases con puntualidades matemáticas, anulando los juegos o las citas de amor.

Exámenes de graves finalidades, borrando los horizontes sentimentales. Y Luisa sueña con la belleza y piensa en el amor... Pero sus días corren sobre la Primavera, y torna sus ojos a las inmensidades, dejando exhalar su acento impregnado de desolaciones...

¡Alma inmensa, Natura!... ¡Toda mi alma...!
 Con tu inquietud ardiente,
 en el dolor de la tormenta aciaga,
 con la paz de las noches estivales,
 y la esperanza de tus mañanas!...
 ¡Alma inmensa, mi alma!... Que contiene
 Todas las fuerzas de la Vida... Alma
 que no cabe en mí misma y se derrama,
 para abrazar todas las formas
 en imposibles llamas...
 Dame el secreto de tu ser, Natura;
 dame el secreto de tu vida llana,
 luminosa y sonriente;
 sin estos bruscos saltos de energía;
 sin estas tristes pausas;
 dame el secreto de tus hierbas mustias
 que en perdurar se afanan;
 la armonía suprema de tus noches;
 tu dulzura y tu gracia;
 y la serena majestad que duerme
 en las pupilas mansas
 del ganado tranquilo y reposante
 que prosigue tu ensueño en sus miradas...
 Todo tiene un secreto misterioso
 que es fortaleza y calma;
 Alma Natura, yo también soy una
 criatura tuya, débil y cansada:
 ¡Dame el secreto de tu paz suprema
 y funde mi inquietud en tu mirada!...

Luisa Luisi clama aquí por lo que en ella es obsesión. El secreto de la paz de la Naturaleza, de la quietud, del descanso. Ella es una criatura débil y cansada. Ella era una poetisa, un alma blanca y sutil, delicada y sentimental que llegó así desde los planos sobrenaturales a donde no alcanza nuestra pupila dura de mirajes positivistas. ¡Y la absorbió la realidad! ¡Y la venció el trabajo! ¡Y la doblegó la fuerza de las cosas! ¡Y la abatió la indomable voluntad del Destino!

Y entonces buscó, anhelante y desolada, la verdad más alta que la Vida, que la tenía ya entre las manos doblugada y deshecha. Pidió otra luz que no fuera la lámpara artificial de las investigaciones materialistas. Suplicó añorante y dolorida el latido cordial que no encontraba entre la entraña hosca de las multitudes que se disputan a zarpazos, exactos derechos y el mismo pan. Y, entonces, escribió versos desolados, a través de cuyas estrofas se destila la amargura de la lucha diaria contra el egoísmo humano, y pudo exclamar así:

TENGO HAMBRE...

Tengo hambre infinita de calma y de reposo,
hambre de paz, de sueño, y de renunciación,
quisiera guardar mi alma lejos del vulgar coso
en donde se debate toda insana ambición.
Quisiera levantarla como un cáliz supremo,
desprenderme del mundo y elevarme hasta Dios;
deshacerme en perfume, llegar hasta el extremo
sutil de la materia: ser pensamiento y voz.
Me pesa la cadena carnal de mi envoltura
que me ata a la Tierra y me impide subir;
me llaman imperiosas voces desde la altura
y materiales lazos no me permiten ir.
¡Oh! Muerte luminosa, madre de toda ciencia,
madre de la poesía y de la Religión;
ya que la vida oscura me negó toda creencia
dime tú la palabra de la Revelación.

Y diciendo de ansias de calma y deseo de no ser más ya, pobre átomo movible en la escala sin término de un vivir sin reposo se inclinó hasta la boca del abismo insondable y dijo así:

¡OH! QUÉ DULCE REPOSO...

¡Oh, qué dulce reposo el de la muerte
bajo el chorro de plata de la luna...!
¡Qué florecer de astros y perfumes,
qué renacer de auroras...!

Y el quieto deslizarse del arroyo
por los cauces azules de las venas,
y las pupilas fijas de la noche
abiertas en el alma,

y el alma florecida en las estrellas
en una paz sin fin y sin ensueños...
¡Oh! ¡Qué dulce quietud, y qué callado
misterio en esta aceptación definitiva
y en este confundirse con las cosas...!

El alma de la poetisa está cansada de luchar. La pedagoga ha vencido a la diosa de ropajes azules que mora en el alma de cada poetisa. El cascabel de la juventud reclina su dorado caparazón en la cubierta gris de los libros de la escuela. El dios amor ha doblado también las alas sobre las ilusiones marchitas, dormido al susurro de las lecciones del Colegio.

Y es entonces cuando la poetisa al sentir, como el protagonista de la comedia *Jazz*, de Marcel Pagnol, que ha crucificado la Vida a la Ciencia, cuando escribe los ásperos versos con que describe el encuentro con el Amor. Y titula su verso así:

ME DIJERON, AMOR

Me dijeron, Amor, cuando era niña:
«¡Es más grande que Dios!».
Y yo esperaba verte vestido de poesía
y escuchar melodiosa y tonante, tu voz.
Me dijeron: «Su rostro ilumina los mundos».
Y yo esperaba un día contemplar tu esplendor.
Y para hacerme digna de tu imperio divino,
acicalé mi espíritu y ahondé en mi corazón.
Me vestí de esperanza, me toqué de armonía;
y toda el alma presa de un sagrado temblor,
me dispuse a acogerte en estado de Gracia
como a la Eucaristía en fiesta de Pasión.
¿Viniste...? Acaso un día te llegaste en silencio;
ningún perfume a incienso dijo tu condición.
La estrella de tu frente, como a los Reyes Magos,
no me dijeron en lenguaje de luz: «¡Este soy yo!».
Y pasaste a mi lado... y yo seguía esperando
el milagro divino de su sacro esplendor;
y un día, reclinando mi frente en un regazo
creyendo que era el tuyo, ¡me recibió el dolor!
¡Amor...! ¡Amor...! ¿Viniste...? Nunca más en mi vida
escucharé el acento de tu divina voz;
y un día me habían dicho, Amor, cuando era niña:
«¡Es más grande que Dios...!»

Como siempre que no se recibe a los huéspedes a tiempo, el viajero se cansa o nos llega de mal talante. Al amor no puede hacerse esperar ni un día ¡ni una hora! No es posible escoger el momento, ni ofenderlo esquivando su presencia con la réplica del deber y de la intangibilidad de las vidas consagradas a altos destinos. Entonces su irascibilidad surge y se venga de nosotros de manera implacable. El cerebro no se lleva bien con el corazón, son dos vecinos que llenan sus cometidos materiales, pero que se quieren bien poco en el terreno sentimental. O pensar mucho o querer mucho. O pensador o amador. Y cuando desde la infancia se ahoga en germen el sentimiento sagrado, dejando el escucharlo «para después», o llega luego destrozándolo todo en violenta reacción indomable, o dolorido y melancólico ya, lamentando imposibles en una salpicadura de sangre y de hiel.

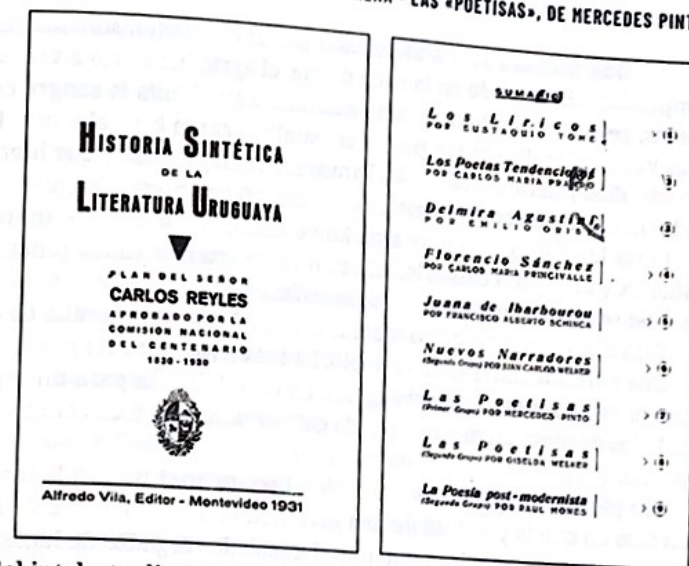
Como aseveración de mis palabras, surgidas de mi detenido estudio sobre las poesías de Luisa Luisi, leeré la que titula: «Porque soñé el Amor», que nos demuestra bien claramente cómo la poetisa soñó con el amor, cómo nació para ser una sensible amadora, y su Vida, obstinadamente severa en obligaciones, le arenó el camino de la sensibilidad poética que hubiera debido cubrirse de margaritas...

PORQUE SOÑE EL AMOR...

Porque soñé el Amor más grande que la Vida,
Amor, renunció al fin a conseguirte;
porque soñé la Vida más grande que esta vida,
Vida, es preciso despedirte...
¡Morir, para vivir todo mi anhelo!
¡Morir, para sentirme completamente amada!
¡Morir, para dejar intocada en su vuelo
mi alma, que cada día ha de hallar mutilada...!
Muerte libertadora de toda contingencia,
absoluto que te alzas frente a mi cobardía,
dame a beber un sorbo, la miel de la existencia
¡Amor, gloria, belleza, en un enorme día...!

No importa que la poetisa reaccione al fin escribiendo su triunfal poesía, «¡Amor, viniste al fin!», porque esta llegada del divino viajero no logró saturar toda la obra poética de Luisa Luisi con la intensidad de perfume que a otras obras de poetas pudo impregnar para la Eternidad.

Podría argüírseme que hay muchas profesoras y doctoras que escriben versos, pero lo que es difícil es encontrar mujeres dedicadas intensamente a obras científicas o sociológicas, y que escriban con estro exclusivamente sentimental y emotivamente amoroso o sensual. Hasta ahora, las poetisas que hemos conocido haciendo sonar con altura de inspiración la cuerda sentimental, no pertenecen



a las obreras del intelectualismo, ni se han dejado absorber por la vorágine del trabajo. Poeta y poetisa equivale a no ser intelectualmente nada más que esto. ¡Por lo menos *nada más* de manera absorbente, dominante, dirigente...! Y Luisa Luisi no fue durante su niñez, su adolescencia y su primera juventud, una maestra, una profesora únicamente, en el sentido sencillo y casi romántico de mujer joven que tiene a los niños ajenos sobre su cálido regazo; sino que desde los tiempos primeros de su hogar tuvo que luchar con otras inteligencias de hermanas mayores que traían premios, que figuraban entre las mejores, que alegrarían los rostros paternos con las medallas, con los diplomas, con los puestos adquiridos a fuerza de trabajar, de estudiar, de madrugar. Luego, comenzaría la lucha con la Vida; con las condiscípulas, no todas afectuosas; con el profesorado, no siempre comprensivo; lucha por los puestos, por los ascensos, por la gloria, en fin, porque cuando se tiene talento y aspiraciones, no es siempre fácil dejarse posponer. Y todo esto cansa y sofoca, y llega un momento en que el espejo nos muestra los ojos secos y el lazo azul de las ilusiones resbalando de los cabellos, hasta rodar en el vendaval.

Pero yo creo, por el contrario de algunos críticos que han dicho que la poesía de Luisa Luisi es fría y conceptual, que esta poetisa siente el amor en su poesía de manera más alta y más grande que muchos otros poetas que dedican al sentimentalismo lo mejor de sus inspiraciones. Luisa no tiene secas las fuentes de su inspiración amorosa; cantó al amor con todas las fuerzas de un alma deseperada de no hallarlo *como lo soñaba*. Y porque lo soñó magnífico y lo idealizó tanto, no lo supo tal vez cantar con los nervios y la sangre que tiene la realidad. La poesía de Luisa no es sensual; canta al vino del amor, con la adoración del inca bajo la mirada solar. Los racimos dorados brillan entre los pámpanos de

esmeralda, y la lira suena idealizada por el momento, soñando en majestades imposibles. Exprimido en la copa diaria, el agrio licor deja a veces los labios resacos, pero su influencia se sube a la mente y calienta la sangre con el calor de sus vitalidades. Por eso la poesía sensualista canta bien al amor. Pedestre y sagrado, dios y fiera, barro y sol, el amor sensual que besa y que hiere, llega mejor a la multitud en versos escritos por manos tremantes de angustia.

Luisa Luisi lo colocó muy alto. Lo veneró como a un Dios, lo incensó con su aliento, y al llegar a cantarlo, tal vez no le dio su más cálida pincelada... Pero no por no sentirlo, sino por demasiado estimarlo...

Y un día, el Destino quiso marcar a Luisa Luisi con un sello de desolación...

Una enfermedad trágica la dobló. La más triste para un poeta que anhela recorrer latitudes en vuelos de águila. La más dolorosa para un espíritu lleno de anhelos de movimiento, que puede proporcionar un más comprender y un mayor admirar.

Sus piernas se quedaron inmóviles. Una quietud trágica la invadió de golpe, en días en que la plenitud de una juventud poderosa hacía latir sus sienes y levantar su pecho ante los ponientes demasiado cargados de luces moradas.

Luisa Luisi enfermó con un mal que parecía maldición del hada perversa de los cuentos de Perrault: ¡por ser demasiado inquieta, niña que vuelas como mariposa! ¡Por ser demasiado pájaro, mujer que tienes que sufrir en la vida! ¡Por querer ser ángel, criatura que debes tu carne a la tierra, quédate ahí, sujeta como un árbol sin alma y sin cerebro, a la tierra polvorienta y reseca, donde se secan los huesos de los que fueron como tú, envidiosos del aire! Eso debieron decirle a la poetisa las brujas oscuras de los cuentos de hadas, eso le clamaban los gnomos malvados que vienen del Norte. Y allí quedó sujeta, sintiendo el sabor de la tierra y el punzante dolor que en su alma iban dejando las largas rúbricas de las palomas por sobre la ancha página del Cielo azul.

YEDRA AMARGA

Es una yedra amarga que se enrosca a mi tallo
y hunde tercas raíces dentro del corazón,
es una yedra amarga que me chupa la vida
y no llega siquiera a culminar en flor.
Muero, callada y quieta, bajo las verdes ramas
que ahogan mi existencia en su abrazo sin fin.
Pero el abrazo enorme, que sacrifica y mata,
es la razón suprema que me obliga a vivir...
Yedra amarga, monstruoso parásito, adherido
a mi ser por tenaces raíces de dolor:
siento un placer oculto en morir de tu abrazo,
yedra amarga que nunca llegarás a dar flor...

Su angustia es torturante, y la poetisa la vuelca en versos de infinita amargura.

YO SOY LA PIEDRA INMÓVIL...

Yo soy la piedra inmóvil, junto al camino vivo,
el árbol envidioso de la nube andariega:
estoy sentada y muda al borde de la vida,
mientras la senda sigue su marcha hacia el futuro.
Pasan inquietos seres: caminantes, arrieros,
parejas enlazadas y familias contentas:
chiquillos juguetones hirvientes de energías;
pasan ancianos, pasa la juventud; se van...
¡Pasan... pasan...! Yo siempre en mi lugar estoy;
soy la piedra sentada un día y otro día;
el árbol, engarzado en la misma actitud:
árbol... persona... piedra.... ¡Ya no sé lo que soy!

Dedica estos hermosos versos a la Victoria de Samotracia:

A LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

¡Oh! ¡Victoria, Victoria, mármol divino,
como yo condenada a la inmovilidad;
con toda el alma puesta en las alas abiertas,
mutilada en el ímpetu supremo de volar...!
¡Ansia de movimiento! ¡Anhelo de elevarse,
de correr, de subir en vuelo magistral...!
Deseo doloroso a fuerza de imposible
de andar... de andar...de andar...
¡Oh! ¡Victoria, Victoria de Samotracia,
imagen de mi vida, toda inmovilidad;
en el mármol divino, hecho cárcel del vuelo,
ansia desesperada, enorme, de volar...!

Y plasma su encendido horror de muerta en vida con estos, versos sintéticos que tanto pueden expresar:

INMOVILIDAD

El tiempo, para mí, detuvo el vuelo.
Ya no soy más del mundo...
Soy lo Absoluto y lo Definitivo,

en su inmovilidad.
Ardo callada y quieta como un cirio;
soy solo un pensamiento;
ya no tiene sentido la existencia
vulgar del episodio. Soy eterna
y soy inmovible.
Me he libertado de la vida.
Soy la Inmovilidad.

¡Arde callada y quieta como un cirio! ¡Es solo un pensamiento! Las horas pasan lentas sobre el alma de aquella criatura que ve desde la blanca galería del Sanatorio cómo pasan por la carretera los carros llenos de frutos de huertos, caminando hacia el mar, cómo corren por el camino los niños llenos de vitalidad, cómo van lentamente rumbo al ocaso las parejas de jóvenes encendidas en resplandor.

Y ella quieta, ¡jardiendo como un cirio! Con solo el pensamiento en espantosa actividad. Y su frente pálida sin un beso de amor. Y su corazón estremecido bajo su mortaja de inmovilidad. El espectáculo del Sanatorio durante tres años de sufrimiento ahincó en el corazón de la poetisa el afán de conocer el más allá, y el terrible misterio del vivir y del morir leído en los ojos de los moribundos le fue llenando el pecho de la angustia de las despedidas eternas sin Eternidad.

Luisa se hace mística ante la inmensidad del Destino de las criaturas, y llama a Dios sin creer en él, ni ser posible que acuda a su llamado.

ESTÁS TAN HONDO...

Estás tan hondo, estás tan hondo
que apenas si sospecho donde estás;
tu voz lejana y dulce no me llega
sino como una vaga claridad.
Tenaz, te busco en mí, hondo y más hondo.
Yo sé que alguna vez has de llegar.
Del abismo sin fondo de mi alma
alguna vez ascenderás...
¡Ah! Misterioso Dios que te sepultas
en la más negra oscuridad,
al traerte a la luz de mi conciencia
tiemblo de mutilarte en tu Divinidad.
Estás tan hondo, estás tan hondo,
que a veces pienso que no estás.
¿Alguna vez te apiadarás?

Este es el sentir de la poesía de Luisa Luisi y la explicación de ese exceso de metafísica que se le encuentra. Si Luisa llevase una tendencia filosófica a sus versos, podría argüírsele de proselitismo o de literaturismo apoético. Pero Luisa Luisi es sincera y sinceramente ha hecho su obra, dándola al público conforme iba saliendo de su inspiración. Metafísica, porque metafísico era su momento. Triste, porque así era el estado de su corazón. Las circunstancias y la Vida hicieron tal vez que una mujer que podría haber escrito versos de amor impregnados de ternura sensual, o poesías aromadas de ardor místico, haya realizado su obra entre oscuros anhelos del espíritu y tanteos sentimentales. Pero mérito enorme es, a no dudarlo, negar a la popularidad su parte de carne en el festín literario; y poder, sin embargo, adquirir un nombre ilustre entre los grandes, y traspasar fronteras, y verse siempre en un plano superior de dignidad y consideración intelectual.

Luisa Luisi, como educadora, ha alcanzado altos puestos dirigentes, habiendo sido durante varios años Consejera Nacional de Enseñanza, presentando proyectos de importancia suma y realizando obra que ha de perdurar.

Como prosista, ha escrito un buen volumen de crítica, con acertados juicios, quizá algunos con demasiada inclinación a la benevolencia, y publica continuamente importantes ensayos y trabajos de crítica en las más difundidas revistas literarias de Europa y América.

Su modalidad intelectual es, pues, intensa y profusa, y su nombre quedará en el Uruguay como el de una de las mujeres de mentalidad más segura y de espiritualidad más interesante.

IV

María Eugenia Vaz Ferreira

Al nombrar a esta poetisa al comienzo de esta conferencia, dije lo que ahora voy a repetir: no soy ni compañera rival, ni discípula idólatra.

La vida de María Eugenia Vaz Ferreira creció entre dos plantas terribles en sus contradictorias influencias: el incienso y la cicuta. Incienso de admiración, de adulación, de amor desmedido... Cicuta de envidias, de odios punzantes, de mezquinos intereses envenenadores...

Es público y notorio que María Eugenia Vaz Ferreira sufrió, de los que la envidiaban, las pequeñas injurias que van amargando las vidas de orientes magníficos. En cambio, tuvo durante mucho tiempo la adulación de la alta sociedad, la admiración de los artistas y el amor sin límites de las almas puras de sus discípulas.

Así dicen las crónicas. Así cuenta el mundo. Así puede juzgarse desde afuera con la pupila limpia de toda preocupación.

Los cronistas también están contestes (entre ellos Zum Felde, Luisa Luisi y el erudito escritor que oculta su nombre bajo el seudónimo de «Lauxar»)⁴ en que para María Eugenia Vaz Ferreira fue un nuevo sol que proyectó sombras sobre su claridad, la aparición en el cielo de la poesía uruguaya del estro de Delmira Agustini, y comentan que la injusticia cometida por los intelectuales, posponiéndola, hubo de causarle profundo dolor. Deduciendo estas causas, la lógica de algunos críticos saca como consecuencia que a María Eugenia la perjudicaron en su vida, que pudo ser más feliz y más larga, y en su obra que pudo tener más extensión, primero la adulación sin cuento y la admiración de los que aplaudían sin reservas sus extravagancias, y después, el momentáneo olvido de los que la desplazaron por otro nuevo valor, (¡para volver luego a ensalzarla después de su desaparición!).

Pero de todo esto qué dice la crítica y qué el público comenta, no he escuchado ni leído todavía el sano y verdadero comentario que deje las cosas en su justo lugar. Como no se puede culpar de las cosas en un sentido de vaguedad a «ellos», a las «gentes», a «algunos», hay que concretar diciendo la verdad desnuda. Lo que mató a María Eugenia Vaz Ferreira fue el ambiente, la rutina, y el prejuicio arraigado en las sociedades. Esa rutina y ese prejuicio, que tiene cuerpo de goma para los fustazos de los que quieren combatirlo, y se retuerce sin desaparecer, para esconderse en los rincones, para disimularse en las familias y, desde allá, agazapado, prepararse a saltar de nuevo sobre la sociedad e invadirla, sometiendo a las conciencias y ahogándolas.

Seguramente que María Eugenia Vaz Ferreira, de vivir en París o en Nueva York ni hubiera muerto joven, ni se hubiera enfermado, ni hubiera pasado tan triste y desoladamente su vida. Su inspiración no hubiera tenido un único tema de desesperanza. Su horizonte se hubiera ampliado en rutas insospechadas.

Pero todavía se acostumbra en los pueblos a medir a todos los seres con la exacta medida de las conveniencias, y lo mismo da para señalarlo si se atreve a salirse de la ruta marcada, juzgar al ser ignorante o al insignificante, que juzgar a la mentalidad genial, que no entiende de lazos, que se agota bajo las cadenas inútiles y que pierde sus fuerzas que debería emplear en ascensiones de águila para que camine a saltitos de perdiz sin salir jamás del cordón de la vereda.

Dice el escritor Alberto Zum Felde refiriéndose a la tragedia espiritual de María Eugenia, que fue la tragedia de su tremendo orgullo humillado. Y eso está

4. Lauxar es el seudónimo del connotado doctor en Derecho y Jurisprudencia, Osvaldo Crispo Acosta (Montevideo, 1884-1962), que llegó a ejercer como Fiscal de la Corte y que, paralelamente, fue catedrático de Literatura, Sección Enseñanza Secundaria, cargo al que accedió por concurso en la Universidad de la República, ejerciendo la docencia durante cuatro décadas. Con su seudónimo publicó los trabajos monográficos *Motivos de crítica hispanoamericanos* (1914) y *Juan Zorrillo de San Martín* (1955). Póstumamente, en 1965 se compilan con su nombre oficial los cuatro tomos de *Motivos de crítica*, editados en la Colección Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas, donde aborda las figuras de Carlos Reyles, Rubén Darío, José Enrique Rodó, Julio Herrera y Reissig o María Eugenia Vaz Ferreira, entre otros.

claro y es natural. ¡Nunca ocurren esas tragedias a los seres anodinos o vulgares! Y entre estos, indudablemente, hay quien posee orgullo. Pero sus decepciones encuentran al fin y al cabo la justicia necesaria en el propio reconocimiento de su mediocridad. No cabe duda que el que nada produce o produce mal, por orgulloso que sea, le ha de llegar un momento en que dude de sus fuerzas que flaquearán ante la imposibilidad de producir, y se convencerá al fin —con las comparaciones, con la introspección lógica, con el cómputo de valores que todos los seres van realizando a lo largo de la vida— de que no es el genio que se había soñado, y es completamente imposible que durante mucho tiempo un mezquino poetastró anodino se crea con los mismos derechos a la fama que pudieron tener en su hora un Amado Nervo o un Rubén Darío.

La venda tiene que caer en un momento dado. Y entonces la espuma de las vanidades se reduce y no sale del vaso de la conciencia en impetuoso resbalar.

Pero a los cerebros geniales no puede ocurrirles lo mismo. Cuando es el talento desmedido lo que obliga a incurrir en lo que las gentes llaman «extravagancias», la incompreensión del vulgo produce una angustia de ahogo y se experimenta en el espíritu la sensación asfixiante de una mordaza injusta, ofensiva y sin reacción ventajosa para nadie.

Rara vez las excepciones (de haberlas confirmarían la regla), en raras ocasiones, repito, se encuentra al ser que realiza en su vida cosas fuera de lo corriente entre las personas vulgares, de mentalidades sin distinción, ocupadas en faenas sin importancia o de orden exclusivamente material. Por regla general, son el señor cualquiera o la mujer sin importancia quienes no se saldrán nunca de las pautas marcadas por severos antepasados ordenancistas de sociales leyes inocuas. Será muy difícil el encontrar al hombre monótono y ordenado entre los hombres geniales. Podrá haber un científico, un sabio, un investigador, muy ordenado, muy monótono, muy limpio y muy preocupado «del qué dirán», yo no lo dudo. Pero es que se puede ser científico, inventor, investigador, sabio de renombre mundial, y no tener dentro del cerebro la chispa del genio, que podrá no haber inventado nada, ni tener sabiduría adquirida, pero que arderá por sí sola en llamarada fulgurante y se destacará entre mil por su divino resplandor.

El hombre genial, la mujer que posee el genio, será un día limpio y al día siguiente podrá dejar con indiferencias caer el polvo sobre su vestuario. El «no importa» está prendido en los labios del genio. Al hombre mediocre, en cambio, todo le importa, todo tiene el mismo interés superior para el hombre mezquino. Y salirse de las reglas sociales; y pasear por sitios fuera de la costumbre estatuída; y regresar a deshoras de lo programado por las normas usuales son para el hombre y la mujer mediocres, cosas enormes, de alta trascendencia, que obligan a tomar serias medidas a los cabezas de familia, y a fruncir el ceño a las severas matronas de los barrios centrales.

Yo no sé si esta será también una disgregación de lo programado para esta clase de conferencias. Ignoro si podrá pasar mi conferencia a las impresas páginas de un libro, pero realmente esto no me asusta mucho. Tampoco soy yo un ser cualquiera que se angustia de pensar en una publicación donde su nombre se vea destacado entre los ilustres escritores de campanillas. Si va, muchas gracias, si no, ¡qué le vamos a hacer! Lo que a mí me interesa en este momento, como en todos los de mi vida, es fustigar la incompreensión, flagelar la rutina, dar ancho vuelo a las ideas buenas, sin pensar que puedo o no gustar, que he de agradar o no, que siempre habrá alguno entre todos que acoja mis ideas, y un espíritu fraterno que me diga: ¡Está bien el decir la verdad salvadora donde quiera que sea, como Jesús en el palacio de los doctos, sin mirar a la severidad de los rostros condenatorios, y solo atentos a la claridad del camino que es preciso trazar para mañana!

Hemos de pensar que la desventura y la muerte de la genial mujer que se llamó María Eugenia Vaz Ferreira se debió a nosotros todos, a la sociedad formada por nuestras premisas pretéritas y nuestras cadenas inútiles. La incompreensión de la sociedad fue su verdugo. Yo he leído admirada una anécdota que cuenta la erudita pluma de Lauxar, sobre María Eugenia, en el libro titulado *Motivos de crítica* que dice así:

Una tarde, al anochecer, me crucé en la ciudad con ella; me acompañaba una persona de su relación, que la detuvo. Ella era muy joven, estaba contenta, acababa de realizar una hazaña inocente, y la contó riéndose, como siempre se reía, con toda su alma jubilosa, con todo su ser feliz. Había llegado sola en tranvía a las afueras de Montevideo, había descendido sola del tranvía ante un grupo de gentes severas, y en medio de la calzada, sola, imperturbable frente a la estupefacción de todos, había esperado y tomado, sola, para regresar, el primer tren que volvía al centro. Había sido como la travesura de una colegiala que se aburre en la austeridad monótona de la clase pesada y la rompe con el grito de su fatiga rebelde a la disciplina: «¡Vengo de *épater le bourgeois!*», nos dijo triunfalmente. Toda María Eugenia Vaz Ferreira está en esa anécdota. Ella fue siempre la mujer que no se aviene con la rigidez inútil. En un mundo en que todos se defienden escondiéndose, ella se mostró siempre cual era, natural, alegre, expansiva, rebelde, turbulenta. Tuvo la superioridad de la franqueza. Entre mujeres que hacen del artificio una coquetería, ella, que fue mujer de alma grande, tuvo la coquetería de mostrarse abierta de corazón, con el encanto supremo de una personalidad original y fuerte. Pareció rara. Las señoras graves fruncían ante ella el entrecejo mientras los hombres y las niñas la rodeaban con aplauso y con mimo. A todos seducía su gracia, a todos imponía la rectitud de su espíritu. Para los más fue la poetisa, la literata, ella que tal vez solo hubiera querido ser, en toda la plenitud de su alma sincera, la mujer de gran corazón y gran inteligencia que asomaba entre sus risas.

Esta página, escrita por un hombre de talento que la conocía, tiene para mí aserto sociológico una importancia inmensa. ¡Ella hubiera querido ser, dice Lauxar, en toda la plenitud de su alma sincera, la mujer de gran corazón y gran inteligencia que asomaba entre sus risas! Luego, hubo un tiempo en que María Eugenia se reía, en que se reía de una manera desbordante, ingenua y traviesa. ¿Y qué ocurrió después para que su poesía orgullosa y mayestática se tornase desesperanzada y amarguísima?

A ese espíritu genial, y naturalmente, por lo mismo, ansioso de libertad, deseoso de amplitud, anhelante de serenidad, le fue cercando poco a poco eso mismo que encontró Lauxar. Para todos era ya solamente la poetisa. ¡Una poetisa en aquel tiempo! ¡La primera mujer que se atrevía a ser grande y a salirse de la jaulita dorada para abanicar las alas enormes sobre las cimas y las lejanías!

Ya estaba marcada. La brasa inclemente de la popularidad curioseante la señaló con su quemadura. Lo que decía, lo que pensaba, lo que quería, todo era extraño, porque venía de la poetisa, de la escritora, de *aquella* que se había atrevido a apartarse del montoncito blanco del ordenado rebaño, y que se había subido sola al montecillo empinado desde donde podía contemplarse toda la llanura.

Y sus sentimientos se fueron quedando sometidos a la opresión de garra, de los que colocaron en su cintura la argolla que la destacaba del coro vacuo de las demás mujeres.

Ella sola destacándose, ¡y, además, soltera!

¿Os dais cuenta de lo que esto significa?

Dicen que María Eugenia fue casta. ¿Y de qué modo espectacular no tendría que serlo para poder llevar ese convencimiento pleno de su pureza a la masa ignara, que presiente siempre algo tremendo detrás de todo movimiento de mujer que se salga de lo corriente, detrás de todo gesto que no haya sido exactamente igual al que tuvieron, han tenido y continuarán teniendo, todas las mujeres que desde Eva pueblan la tierra, con el compendio de las prácticas sociales entre las manos? Yo imagino la castidad de María Eugenia Vaz Ferreira tan segura y determinada como la de Juana de Arco, obligadas las dos a proclamarla a los vientos de la fama para poder compensar el no pasearse en rueda de monotonías por la redonda plazoleta del mundo, al son de la retreta unísona de la estúpida musiquilla social.

De no ser así, de ser otro el mundo civilizado y otras las costumbres, de la castidad de María Eugenia no habría que hacer cuenta, porque con decir «murió sin contraer matrimonio», bastaría, como basta a todas las señoritas de la que ha dado en llamarse la buena sociedad.

Jamás se oirá decir en el velorio de una joven soltera de sociedad, el comentario adjunto de: «era casta». Sería denigrante, asombroso, imprudente. ¿Por qué todos los críticos se atreven, entonces, a proclamarlo en voz alta, de María

Eugenia Vaz Ferreira? ¿Por qué se habla a voz en grito y se ha escrito en todos los tonos, sobre la castidad de esta mujer? Señores, ved en esto mismo la mayor desvergüenza social. Es necesario advertirlo así, porque una mujer que escribe suscita dudas siempre entre los elementos conservadores. Porque una señorita que sale sola a la calle, en sitios donde las demás no lo acostumbran, comienza por llamar la atención, y termina por levantar alerta a la desconfianza. Porque una mujer, aunque sea un genio, aunque sienta dentro de su cerebro y de su alma la fuerza irresistible de la divinidad, si habla con los hombres, si comenta ciertas cuestiones, si ríe más que la generalidad, o sostiene amistades fuera de lo común, hay que señalarla con reticencias, hay que asombrarse de ella, y para evitar las dudas, y para convencer a los murmuradores, se tiene que gritar que es buena, que es pura, que es casta, como podría contarse la maravilla de un lobo que no muerde, o una víbora que no tiene veneno.

Si María Eugenia hubiera vivido en un mundo donde sus pasos no fueran contados; si no hubiera necesitado jamás «epatar» a la burguesía porque viajar sola en tranvía hubiera sido una cosa sin ninguna importancia; si el entrar en un café se considerase como un deseo sin ningún alcance; y el levantarse temprano cuestión de gustos; y el trasnochar de capricho sin trascendencia, entonces María Eugenia hubiera podido realizar su obra con una completa independencia, y no hubiera tenido interés en hacer «cosas raras» para asombrar, porque no hubiera levantado asombro, ni curiosidad siquiera si realizara cada uno lo que le venga en deseo, siempre que no moleste, ni hiera a los demás.

Y eso fue su primer paso hacia la desventura. La hostilidad de unos y el aplauso desmedido de otros. Total, incompreensión social, señalando extrañezas, en lugar de procurar hacer cada uno lo que le ocurra, rompiendo normas ridículas que no conducen a nada práctico.

Círculo apretado sobre sus pies de gacela fue la murmuración levantada hacia cosas sin ninguna importancia. No hay nada que exalte más la rebelión en las almas grandes, que la crítica que hacia ellos deslizan los insignificantes. El espíritu de grandes vuelos tiene en sí fuerzas para resistir la desgracia, para desafiar el peligro, para acometer gigantescas empresas, ¡pero tiene miedo, sin embargo, del insistente vuelo amenazador del mosquito! No hay nada que anonade tanto al espíritu de grandes amplitudes, como el chisme cobarde o la murmuración estúpida venida de seres que no han podido realizar nada en la vida, que a nada se han atrevido, y que necesitan dirección y compañía hasta para hacer un viaje de dos kilómetros.

Ved a esos hombres, a quienes la fama coronó en los grandes centros intelectuales del mundo, cómo naufragan al correr de los años en los verdes pantanos cenagosos de los pueblecillos nativos. Ellos guerrearon, escribieron, produjeron, lucharon y triunfaron con armas poderosas en las tierras amplísimas de la nieve o del sol. Allí dieron el fruto de su cerebro en obras inmortales. Allí la Fama se vistió de fiesta y la Gloria se aromó de rosas para recibirlos. Pero de pronto, en

la madurez de la vida, aquel ser de excepción siente añoranzas de su poblado. Regresa afanoso en el carro triunfal, pero, allí precisamente, en el círculo ruín del comisario o la sobrina del ama del cura harán los primeros insignificantes nuditos en la cuerda durísima que ha de estrangularlo.

Y esa decepción suicida no la sienten con igual intensidad los espíritus mezquinos, para quienes las mejores alas son las de perdiz. Esos viven contentos de las murmuraciones e impasibles ante la calumnia. Si no fuera así, muchos pueblos pequeños habrían desaparecido de dolor en la historia. Pero no, no desparecen porque viven en un ambiente que les es propicio.

En cambio, no hay desesperación mayor para el que sobrepasa las vulgares tendencias que la mirada recelosa de los que nada valen, o la crítica acerba de los que nada son. Esa es la primera zarza sembrada por la sociedad al paso de María Eugenia, la genial.

La segunda fue la cuestión sexual. Dice el escritor Alberto Zum Felde, en su último libro, *Proceso intelectual del Uruguay*, al referirse a María Eugenia Vaz Ferreira: «Esa dura castidad de la poetisa, esa absurda y desolada negación del amor físico, ¿proviene solo del tremendo orgullo de su alma, o responde también a algún oculto factor psico-fisiológico, a una especie de insensibilidad erótica, a una extraña inhibición de su libido? Sea como fuere —continúa Zum Felde—, ello es una de las causas principales de esa tragedia que ensombrece y arrastra la última etapa de su vida, como antes fue la causa de aquella su guerrera dureza de amazona lírica, bajo la brillante armadura de sus versos».

El escritor ha dejado en duda la clave extraña del alma de María Eugenia, y yo, sin embargo, creo que en María Eugenia no había oculto ningún factor psico-fisiológico, ni insensibilidad erótica, ni inhibición del libido. Continuamos encontrándonos, al tocar este punto, con la contradicción trágica de su genialidad indiscutible y la chata vulgaridad de las costumbres sociales.

María Eugenia en su primera juventud espera al amor. En su declinación otoñal, se impregna de desesperanza. Ese orgullo, esa espera del ser extraordinario la tienen todas las mujeres a los 15 años. Es la espera que ha dado en llamarse «del príncipe azul». La diferencia es que las señoritas burguesas se conforman pronto con *un marido*, y unas matan por completo al príncipe de sus sueños y se resignan con lo que ha venido en su defecto, y otras lo desplazan, nada más que para recordarlo de nuevo, pasado el tiempo y en circunstancias asequibles.

Pero en algo se ha de diferenciar la mujer genial de la que no lo es... María Eugenia no necesitaba *un marido*. Tenía, sin embargo, preparada el alma para *el amor*. Y no *uno cualquiera*, sino *el suyo*, el que corresponde a un alma de mujer de excepción, que bueno o malo para las demás, hubiera podido reunir las características por ella deseadas. ¿Lo encontró María Eugenia? Y si lo encontró, ¿en qué condiciones? Hay una poesía de María Eugenia que titula «Los desterrados», y dice así:

LOS DESTERRADOS

Una fría tarde triste
yendo por una apartada
ruta, al través de los turbios
cristales de una ventana,
yo lo vi gallardamente
curvado sobre las fraguas.
El cabello sudoroso
en ondas le negreaba
chorreando salud y fuerza
sobre la desnuda espalda.
Le relucían los ojos
y la boca le brillaba
hinchida de sangre roja
bajo la ceniza parda.
Y era el acre olor del hierro
luz de chispas incendiarias,
rudo golpe del martillo,
vaho ardiente de las ascuas,
que las mal juntas rendijas
hasta mí fluir dejaban
con ecos de cosa fuerte
y efluvio de cosa sana.
«Dios de las misericordias
que los destinos amparas,
cuando me echaste a la vida,

¿por qué me pusiste un alma?
Mírame como Ahasvero
siempre triste y solitaria,
soñando con las quimeras
y las divinas palabras...
Mírame por mi camino,
como por una vía Apia
de sonrisas incoloras
y de vacías miradas...
¿Por qué no te plugo hacerme
libre de secretas ansias,
como a la feliz doncella
que esta noche y otras tantas
en el hueco de esos brazos
hallará la suma Gracia?».
Así me quejé y a poco
seguí la tediosa marcha,
arropada entre las brumas
pluviosas, y me obsediaban
como brazos extendidos
los penachos de las llamas
y unos ojos relucientes
adonde se reflejaba
el dorado y luminoso
serpenteo de las fraguas.

Al caminar de la peregrina, la obsesionan como brazos los penachos de la llama, y la mirada llena de intensa luz le quema todavía el recuerdo, dejándole el calor de la visión en el alma. No son todos los versos de María Eugenia fríos y duros como el metal. Leamos la poesía titulada:

HEROICA

Yo quiero un vencedor de toda cosa
invulnerable, universal, sapiente,
inaccesible y único.
En cuya grácil mano
se quebrante el acero,
el oro se diluya

y el bronce en que se funden las corazas,
el sólido granito de los muros,
las rocas y las piedras
los troncos y los mármoles
como la arcilla modelables sean.
A cuyo pie sin valla y sin obstáculo
las murallas amengüen,
se nivelen los pozos,
las columnas se trunquen
y se abran de par en par los pórticos.
Que posea la copa de sus labios
el licor de la vida,
el virus de la muerte,
la miel de la esperanza,
las beatas obleas del olvido,
y del divino amor las hostias sacras.
Que al erótico influjo de sus ojos
se empañen los cristales,
la nieve se calcine,
se combustione el seno
virginal de las selvas
y se empenache con ardientes ascuas
el corazón de la rebelde fémina.
Que al rayar de su testa iluminada
resbalen de las frentes
las más bellas coronas,
los lábaros se borren,
repliegue sus insignias
la faz del estandarte
y vacilen los símbolos ilustres
sobre sus pedestales.
Yo quiero un vencedor de toda cosa,
domador de serpientes,
encendedor de astros,
trasponedor de abismos...
Y que rompa una cósmica fonía
como el derrumbe de una inmensa torre
con sus cien mil almenas de cristales
quebrador en la bóveda infinita,
cuando el gran vencedor doble y deponga
cabe mi planta sus rodillas ínclitas.

El deseo del amor brota en ardor de conquistadora, que es el mismo que han experimentado casi todas las mujeres en sus primeros sueños de amor... ¡Ver a nuestras plantas a un triunfador, a un poderoso, a un grande en algo y por algo! María Eugenia lo expresa así en sus magníficos versos, pero no porque esta fuera la exacta medida amorosa de sus aspiraciones, sino porque su inspiración la llevó a esta forma de expresión, como otras poetisas han coronado a su ilusión de rosas, los han hecho llegar hasta ellas en barco de plata, o los han vestido de trovadores. Y, sin embargo, no era esta exactamente la justa realidad de sus aspiraciones.

Pudo María Eugenia sentir, en verdad, el deseo de un hombre fuerte, virilmente hermoso, que tuviera al mismo tiempo luz suficiente en la mente como para poder atraerla... Pero, volvemos a repetir, ¿lo encontró? Y si lo halló, ¿en qué condiciones? María Eugenia era joven, soltera, de familia distinguida en la sociedad, de religión absorbente. ¿Pudo en estas circunstancias escoger ella misma el objeto de sus preferencias? ¿Qué imposibilidades, qué compromisos atarían a su ideal? ¿Es libre la mujer para trazarse el porvenir de su propia vida? Por otra parte, ¿tenía María Eugenia vulgaridad de espíritu para aceptar al primero que se le ofreciese por esposo? Otra cosa más, ¿pueden enamorar a una mujer de la altura moral de María Eugenia, hombrecitos vulgares, incomprensivos o que tuviesen faltas espirituales o personales poco perdonables por gustos depurados? Aún otra cosa: ¿serían muchos en aquella época los hombres de buena presencia, de inteligencia y de buena posición, que se acercaran, con miras al matrimonio, a la escritora, a la poetisa, cosas que aún hoy asustan un poco a algunos caballeros?

Entonces, no hay más remedio que acusar también a la sociedad de este otro motivo de la desventura de María Eugenia Vaz Ferreira. De no haber pertenecido a esa dorada sociedad, no hubiera tenido que detener los latidos de su corazón, que cubrir las alas del deseo, que ocultar las más lógicas sensaciones de la Naturaleza, hasta deformarse y caer en el polvo del camino como una pobre ave muerta en la noche.

¡Oh, si Gregorio Marañón hubiese conocido a María Eugenia! ¡Si su soberbio libro científico *Amor, conveniencia y eugenesia* hubiera podido tener entre sus páginas la egregia figura de esta desventurada víctima social! No lloreis, no, a María Eugenia Vaz Ferreira, sociedad que la ha traicionado. Como el Rey Boabdil bajo los muros de Granada, lloremos todos nuestra debilidad ante su miseria por no haber contribuido con la sal de nuestros cerebros a la liberación de la mujer de la enredosa madeja de las preocupaciones sociales.

Y llega luego para María Eugenia la tercera ofensa de la sociedad. Todos los críticos están contestes en afirmar que para María Eugenia Vaz Ferreira trajo el ocaso de su gloria en vida, la aparición de otra estrella femenina de primera magnitud. La escritora Luisa Luisi dice en un juicio sobre María Eugenia Vaz Ferreira lo siguiente:

María Eugenia empezó a ver disminuido su reino hasta entonces ilimitado. Pero como su corazón era noble y amplia su inteligencia, ella misma reconoció el talento de su nueva rival; y no se desdendió de proclamarlo. Donde empieza el drama real de María Eugenia, que no fue un mezquino drama de amor propio, sino un hondo dolor de arte incomprendido fue al constatar la terrible injusticia artística que desde la aparición de la poesía de Delmira empezaron a cometer los hombres. No sería digno del comentario elevado y sincero, el dolor de una mujer pospuesta en sus éxitos sociales por una rival más joven o más hermosa. Pero la extraña desviación artística que sufrieron los críticos, aún bien intencionados, al juzgar la poesía femenina de acuerdo con ese tipo de poesía, que surgía y que alcanza extraordinario poder en Delmira, no a causa del elemento sexual que en ella predomina, sino precisamente a *pesar de él*, cosa que no supieron diferenciar los críticos, ese tipo de poesía elevado a canon intransgredible fue llenando lentamente de justificada amargura el alma altiva y orgullosa de la poetisa. No era solamente la vanidad del artista pospuesto; era sobre todo el dolor del artista negado en sus más caras idealidades. No era la mujer que sangraba sangre del alma; por más que fuera *también* la mujer que sangraba: era la artista aclamada *única* hasta entonces, que viera negada de pronto, como Jesús, toda su obra.

Pues bien, tampoco esto le hubiera ocurrido a María Eugenia de haber existido en un ambiente más amplio, en otra época más comprensiva. Está muy bien lo que dice Luisa Luisi de que la poesía de Delmira alcanza extraordinario poder, no a causa del elemento sexual que en ella predomina, sino a *pesar de él*, puesto que se ha podido comprobar —como cosa lógica, además— el fracaso rotundo de otras poetisas que se han deslizado por pendientes de materialismo sin poseer la genialidad. Pero la sociedad masculina no lo comprendió así, y pospusieron la delicada poesía de María Eugenia, no ante otra voz de genialidad que sonaba en la altura, sino solo al rumor de la fiera carnal que le traía presa entre los dientes. La sociedad es culpable también de esta transgresión, porque hay campo siempre para la llegada de nuevos astros en el cielo espléndido del arte, y los verdaderos valores no pueden perderlos porque otros nuevos aparezcan en el mismo plano ¡más, sobre todo, siendo tan diferente y marcando cada uno rumbos tan particulares y personalísimos! El insecto de la mediocridad devoró poco a poco las raíces del árbol gigante. La hormiga entró, cegándola, en la desafiadora pupila del águila. Y el ambiente la ahogó.

La tragedia de María Eugenia es como la de esos fenómenos de crecimiento, esos hombres gigantes que son el espanto de las viejas campesinas y la curiosidad de los muchachos. ¿Se ha conocido algún ser más desventurado que el gigante? Nada le viene bien; no le sirven las medidas comunes; su cabeza necesita sombreros que no los hay en el pueblo; sus pies precisan hormas desmesuradas. Sus manos, al agitarse, causan el pavor de los niños. Su cabeza, al elevarse por encima de los demás, distingue cosas que los otros no pueden ver, y al no poder

nadie descubrir lo que él ve, piensan que el gigante está loco y sueña visiones incomprensibles.

Y es porque mientras todas las gentes contemplan solamente la luz de la lámpara, el gigante descubre el polvo que se extiende sobre la pantalla. Mientras el vulgo admira el elegante menaje de la casa, el gigante ve el tejado viejo y apuntado ya. Y, en cambio, en tanto que el resto de los seres ve con disgusto que la lluvia ha hecho en los caminos un barro negro, pegajoso y sucio, el gigante hunde las manos en las esmeraldas de los árboles recién lavados, y extiende hacia las nubes blancas sus dedos que el rocío ha podido adornar de brillantes.

Y esa fue la tragedia de María Eugenia Vaz Ferreira. Pensar en gigante, sentir de una manera gigantesca, y encerrarla en una jaula de alondra. Tener alas para traspasar las montañas, y querer cortárselas con tijerillas de bordar. Venir a la tierra con una inteligencia poderosa y tener la desgracia de nacer mujer. Y esto basta por sí solo para transformar un espíritu inadaptable a las sinuosidades de las vidas pequeñas, constreñidas en aspiraciones limitadas. Es suficiente la incompreensión para hacer estallar el cerebro de cristal del gigante.

Hace muy poco tiempo, en esta misma tribuna, mi dilecto amigo y poeta, Emilio Oribe, acusaba de la enfermedad que agobiaba al sabio Dr. Carlos Vaz Ferreira a los engaños recibidos, a las luchas injustas, a todo el mezquino mar de pasiones, de envidias, de incomprensiones, que durante mucho tiempo había rodeado su vida clara de educador y de Apóstol.

Yo, hoy también, acuso a la sociedad de la terrible enfermedad y de la muerte prematura de María Eugenia. Cuando se es bueno, no se reciben con tranquilidad las diatribas; cuando se siente la inspiración aletear en nuestros labios, se amargan las palabras con la ceniza de la envidia ajena; cuando el genio nos levanta los hombros hasta sentirnos capaces de empaparnos la frente de divinidad, nos puede desgarrar las alas el tocamiento impío del mezquino censor. Y es entonces cuando se escriben versos como estos:

LA RIMA VACUA

Grito de sapo
llega hasta mí de las nocturnas charcas...
la tierra está borrosa y las estrellas
me han vuelto las espaldas.
Grito de sapo, mueca
de la armonía, sin tono, sin eco,
llega hasta mí de las nocturnas charcas...
La vaciedad de mi profundo hastío
rима con él el dúo de la nada.

¡La tierra está borrosa! Es decir, que la tierra, que también importa, se ha colocado en un lejano segundo término. Las estrellas, es decir, lo superior, el soplo intangible, el fecundante rayo de la gracia, está oculto por entero, le han vuelto las espaldas. Y solo persiste, insistente y monótono, el grito perverso, el negativo grito de las charcas.

¡Sociedad mezquina que la desconociste! ¡Religión fría que no la acogiste! María Eugenia muere de amor. Dicen que era católica, ¿dónde está la ternura de una religión sentida en su poesía desolada? Su religión, como toda su desventurada actuación social, era un producto más de las altas esferas a las que pertenecía. Pero su corazón se sentía ajeno a una llamarada que no le dio calor. Ella deseaba amor y al no encontrarlo como lo soñó, cayó en una trágica angustia que la llevó de la mano hasta el fin. Ese orgullo del que hablan los críticos lo hubiera quebrantado María Eugenia ante el hallazgo de su ilusión, como lo dice en forma magistral en estos versos:

HOLOCAUSTO

Quebrantaré en tu honra mi vieja rebeldía
si sabe combatirme la ciencia de tu mano,
si tienes la grandeza de un templo soberano
ofrendaré mi sangre por tu idolatría.
Naufragará en tus brazos la prepotencia mía
si tienes la profunda fruición del océano
y si sabes el ritmo de un canto sobrehumano
silenciarán mis arpas su eterna melodía.
Me volveré paloma si tu soberbia siente
la garra vencedora del águila potente;
si sabes ser fecundo seré tu floración,
y brotaré una selva de cósmicas entrañas,
cuyas salvajes frondas románticas y hurañas
conquistará tu imperio si sabes ser león.

Y en otros versos, titulados «Serenata», la poetisa se siente más dulcemente amorosa que nunca, y con suavidad de sedería dice así:

SERENATA

Te gusta que esté a tu lado,
te gusta mi canto alado
aunque tú no me lo digas, mi amor;
eres triste peregrino
amas la gloria del trino

y yo soy un ruiseñor...
La misma fuente murmura
tu ventura y mi ventura
aunque tú no me lo digas, mi bien;
y aunque no me digan nada
ni tu voz ni tu mirada,
todo tú me dice: «¡Ven!»
Alguna cercana noche
o alguna noche lejana
romperá mi pico el broche
secreto de tu ventana,
y con las alas tendidas
para remontarte en ellas
llevaré nuestras dos vidas
a fundirse en las estrellas.
Verás qué dulce fulgor
aunque tú no me lo digas, mi amor.

Estos versos no tienen la infinita angustia de «Balada de un escéptico», o de otros versos suyos llenos de desolación. Son juveniles, gráciles y hacen pensar en un corazón cálido, rebotante de tierna solicitud...

Lo mismo que los versos, su vida...

Reía de un modo impetuoso. Tenía una alegría desbordante, dicen de ella los que la conocieron en su primera juventud. Decía frases amargas. Gustaba de hacer burlas sangrientas, —cuentan algunos que la trataron en la madurez—. Y siempre, en todas las épocas su corazón lleno de sinceridades, de lealtades, de amistades.

Niña empezó su ruta con el pie hacia sagradas aspiraciones.

Mujer que llegaste al puerto de la amargura con el rostro mojado de lágrimas y la frente tocada de resplandor.

Corazón poeta que rasgabas la noche con tu voz, y pudiste quedar como una estrella viva en el canto estelar de tu patria... y aún más allá...

Yo te saludo reverente como a un espíritu de selección, que recogió las voces de los caracoles de nácar, y el rumor de acompañamiento que emite el buche de las palomas, y con estos murmullos formaste el engarce de tu lírica pura, como si hecha estuviera de la plata de las montañas lavadas por el golpear perenne del río.

Fino espíritu de María Eugenia, cuando yo llegué a tu país, descansabas ya bajo la verde gramilla del cementerio... Tú no me amaste porque tus ojos nunca pudieron fijarse en los míos. Pero yo te admiré en tu genio sin par, y sufrí tu dolor de mujer y de triunfadora, y por eso les digo a los que no te comprendieron, que lloren tu pena, y a los que te amaron, que no te glorifiquen solo en el re-

cuerdo prestándose a formar en filas unisonas por sobre la tierra dura de frialdades y de incomprensiones; sino que en nombre de María Eugenia y por su obra gloriosa, rompan ligaduras, entierren prejuicios, pulvericen opresiones malentendidas, y cumplan el designio que da a los seres alas de ángeles:

¡El anhelo de volar y volar
cada vez hacia rumbos más altos!...

He terminado.

Mercedes Pinto



María Eugenia Vaz Ferreira
(<http://archivomariaeugenia.bibna.gub.uy>).
Sarah Bollo (dcha.) junto a Gabriela Mistral en
Montevideo, año 1938
(www.bibliotecanacionaldigital)